

JUAN MARIA DE SALVATIERRA

(1648 – 1717)

INFANCIA Y JUVENTUD EN ITALIA (1648-1674)

El 15 de Noviembre de 1648 nació Juan María de Salvatierra en la ciudad de Milán, capital de la región italiana conocida como la Lombardía. Fue el menor de los cinco hijos procreados por Juan de Salvatierra, miembro de una prominente familia española que tenía sus raíces en Andújar, provincia de Andalucía, y Beatrice Visconti, dama del encumbrado linaje de los duques de Milán. De los hermanos de Salvatierra se sabe que el mayor, Giovanni, ingresó a la Compañía de Jesús; Giorgio, el segundo, se casó a su tiempo y perpetuó el apellido de la familia; el tercero, cuyo nombre no se ha conservado, murió en guerra, y la única mujer, Constanza, contrajo matrimonio con el gobernador de Cremona. Quizá por el hecho de que el primogénito no habría de tener sucesión directa por haber entrado en religión, don Juan de Salvatierra decidió poner también el nombre de Juan - Giovanni, en italiano - a su hijo menor, para que éste, a su vez, lo transmitiera a sus descendientes.

La familia Salvatierra había heredado un feudo en Casalmaggiore, lugar situado entre Cremona, Parma y Mantua, en los límites del Milanésado. En dicho feudo familiar y en la propia ciudad de Milán pasó el menor de los Salvatierra parte de su niñez. Quedó huérfano de padre cuando aún no cumplía los seis años y fue por ello que Constanza, que por ese entonces contrajo matrimonio y pasó a vivir en la ciudad de Cremona, decidió llevar consigo a su pequeño hermano y hacerse cargo del él.

En Cremona vivió nuestro biografiado hasta su temprana adolescencia. Debió volver a Milán, al lado de su madre, luego que su hermana enviudo y optó por recluirse en el convento de Corpus Domini. No mucho tiempo después, el joven Juan fue enviado al Colegio de Nobles de Parma, donde, durante cuatro años, estudió letras, música, esgrima y francés. Alguna vez le tocó oír en el comedor del Colegio la lectura de algunos relatos sobre los misioneros que laboraban en China y desde entonces, según él reconocía, sintió grandes deseos de dedicar su vida a la conversión de gentiles. Pensó incluso en fugarse del Colegio y emprender desde luego un viaje a España para buscar el modo de embarcarse en Cádiz rumbo a las Indias, como se lo contó años más tarde al padre general de los jesuitas Gian Paolo Oliva; pero, hecho ya a la rígida disciplina del Colegio, terminó por desistir de tales planes. No dejó, sin embargo, de externarle sus inquietudes a su hermano mayor, quien le sugirió que mejor pensara en entrar en alguna agrupación religiosa que tuviera misiones en ultramar y lo pudieran destinar a ellas.

La vocación que había despertado en el joven Salvatierra ya no se extinguió en él y, así, luego de dedicar dos años al estudio de la filosofía, y a pesar de que algunos de sus familiares trataron de interesarlo en algún posible matrimonio, el 10 de Julio de 1668, a los diecinueve años de su edad, Juan de Salvatierra inició su noviciado con los jesuitas en la ciudad de Génova. Fue al hacerse novicio de la Compañía de Jesús cuando, para distinguirse de su hermano mayor, que era ya jesuita, el futuro misionero decidió agregar a su nombre de pila el de María, con lo que seguramente quiso dejar constancia de acendrada devoción mariana.

Por razones de cortesía y de nexos familiares, la víspera de su entrada al noviciado Salvatierra fue en compañía de su hermano Giorgio a despedirse del dux de Génova, que entonces era Cesare Gentile, y del príncipe Doria. Este último obsequió a su visitante un crucifijo que, por cierto, quedaría depositado más tarde en la sierra Tarahumara, en el caserío de Cuiteco.

Cabe decir aquí que, en el noviciado, Salvatierra conoció al que sería su amigo y confidente de toda la vida, Juan Bautista (Gian Battista, en italiano) Zappa, con el que compartía los deseos de prepararse para cumplir su apostolado en las Indias. Como luego veremos, ambos perseveraron en su propósito y, al cabo de algunos años, pudieron viajar juntos a la Nueva España.

Concluidos los dos años de noviciado, Salvatierra estudió un año de letras en el Seminario de Chieri (1670-1671) y cursó el tercer año de filosofía en el Colegio de Génova (1671-1672), donde, a su vez, empezó a enseñar latinidad. Sabemos que por ese tiempo el colegial escribió tres cartas al padre general Gian Paolo Oliva, en las que manifestó sus deseos de que la Compañía de Jesús lo enviara a las Indias. El superior de los jesuitas vino en ello a principios de 1675, cuando Salvatierra cursaba su primer año de estudios teológicos. Tenía entonces Juan María 27 años de edad y, contra lo acostumbrado, fue ordenado sacerdote al concluir su primer año de teología en el Colegio de Génova.

Destinado también a las Indias, Juan Bautista Zappa llegó por estas fechas al puerto ligure, procedente de la ciudad de Niza. Mientras los dos amigos y correligionarios esperaban a que zarpara la embarcación que los llevaría a Cádiz, visitaron el santuario de Nuestra Señora del Monte y fueron invitados al oratorio de la princesa Violante Lomelina Doria, en el que, a petición de la princesa, Salvatierra debió celebrar una misa. Miembro él mismo de una casa noble, el padre Juan María era objeto de especiales consideraciones por parte de prominentes miembros de la nobleza, como ocurrió en el caso que queda consignado. Pero a punto estaba ya el sacerdote de sustraerse definitivamente de aquel medio en el que le había tocado vivir por casi tres décadas.

A Génova llegaron otros jesuitas italianos que habrían de hacer también el viaje a España: Ferdinando Pécoro, Nicola di Prato, Natale Lombardo, Carlo Celesti y Girolamo Pistoya. El grupo se embarcó el día 25 de mayo y, tras una breve estadía en el puerto de Alicante, arribó a Cádiz el 18 de junio. La flota de la Nueva España, en la que hubieron de embarcarse tanto estos religiosos como otros diez jesuitas españoles que iban también a trabajar en las misiones indianas, zarpó del puerto andaluz el 11 de julio siguiente.

La travesía fue particularmente penosa, pues, estando en altamar, muchos de los viajeros, inclusive el mismo Salvatierra, cayeron enfermos de un mal que les producía fuertes calenturas. Debilitada la gente por la enfermedad y agobiada además por los fuertes calores del verano tropical, a mediados de agosto la flota tocó tierra en la isla de Puerto Rico y un mes más tarde llegó a su puerto de destino: Veracruz. Casi sin darse tiempo para reportarse del agotamiento que les produjo el viaje, los jesuitas se pusieron en camino y el 1 de octubre entraron en la ciudad de México.

CARTA I

SALVATIERRA A LA VIRREINA DUQUESA SESA ¹

(26 de noviembre de 1697)

Excelentísima señora:

Ya estoy con el pie en este reino, reino cuya conquista y felices principios se deben al católico celo de vuestra excelencia. Ya tuvimos victoria contra los enemigos de nuestra santa fe,² ya quedan bautizados los dos primeros cristianos en nombre de vuestra excelencia y de mi señor conde virrey,³ ya me llegó el socorro de otro padre llamado el padre Francisco María Píccolo,⁴ grande misionero, con lo cual espero tener algún descanso, habiendo cargado yo solo hasta ahora esta grande máquina. Pero la Virgen Santísima me ha dado salud para todo, echando la bendición al santo celo de vuestra excelencia.

Esta conquista depende de los ánimos en México y de sus limosnas,⁵ y no sé lo que sucederá este año, por estar yo tan distante, aunque en México queda mi padre Juan de

Ugarte por procurador; y así, al dicho padre, si hubiere alguna necesidad, le aviso acuda a vuestra excelencia como a patrona de esta empresa, para que con mi señor conde virrey se puedan despachar los socorros que se necesitaren y a cuya necesidad no acudieren los fieles cristianos, pues de acudirse con lo necesario se le va asegurando al rey, nuestro señor, la posesión de un nuevo reino que le ha costado en otros tiempos tantos gastos sin fructo. Por tanto, me remito en todo a lo que representare el dicho padre Juan de Ugarte y a una larga relación que remito a su reverencia.

Y, con tanto, acabo rogándole y deseándole del Señor y de María Santísima, la pobladora y conquistadora de este reino, toda felicidad.

Real de Nuestra Señora de Loreto en la ensenada de San Dionisio de California, y noviembre 26 de [16]97.

Besa la mano de vuestra excelencia su menor servidor, capellán y soldado,

Juan María de Salvatierra

CARTA II

SALVATIERRA A JUAN CABALLERO Y OCIO¹

(27 de noviembre de 1697)

Mi padre, hermano, amigo, comisionero y mi capellán, señor don Juan Caballero y Ocio, pax Christi:

¡Ea, que ya estamos en California! Y Juanico, el primer Juan que haiga tenido este pedazo de nuevo mundo,² aquí está conmigo y con su rosario al cuello. Ya está hoy la fe en California y con el pie fijo en ella; ya [está aquí] la gran conquistadora María venciendo a cuatro naciones de enemigos que nos asaltaron en un tiempo todos para consumirnos a todos.

Pero, ¡vive María, reina María y vence María! Y, ¿a quién ha escogido María para plantar la fe en tan extendido reino con el principio de su salvación? Escogió a don Juan Caballero.

¡Dichoso del escogido, que por su medio irán enteras escuadras al cielo! ¡Dicho del escogido para poblar de tantas naciones el reino perdido por Luzbel! ¡Oh, y qué gloria de mi señor don Juan para el cielo! Yo no puedo escribir esto sin deshacerme en lágrimas de consuelo. ¡Ea, pues: prosiga vuestra merced con el amparo de esta obra tan suya!

Hago saber a vuestra merced cómo, pasando por el ingenio de Guimaraes, en cercanía de Compostela,³ mandé cortar madera para un barco luengo 4 para asegurar nuestra empresa, porque reconocí iba despacio el barco de Ganduso 5 y por quedar advertido de todos los prácticos que, sin tener barco propio de la misión, tendría siempre mucho desamparo.

Reconociendo, pues, este grande peligro escribí a don Alonso Altamirano 6 para que cargase con este gasto de la fábrica del barco y sus gastos para algunos años. Remité la carta dentro de la que escribí a mi señora duquesa, 7 para que corriese por su mano dicha carta para don Alonso. No sé lo que habrá surtido o si llegaría o no dicha carta, aunque fue con ocasión muy segura y segurísima. 8

Finalmente escribió al padre Juan de Ugarte y al padre provincial 9[manifestándoles] la necesidad grave de este barco propio, conque puede ser, si hay forma de quien se aliente, que envíe el padre provincial al hermano Torres 10 al ingenio de Guimaraes para la prosecución del barco y que ponga algunas plazas de marineros necesarios, que con eso se compondrá esto, porque no hay imposibles como decían, aunque tenga sus trabajos y dificultades. Y, finalmente, si nadie se hubiera alentado me parece necesario se arroje, pues depende de ello no una sola iglesia sino la propagación de nuestra fe a un grande reino de infieles.

Vuestra merced ha sido un todo para esto. Quizás quiere Dios que vuestra merced, como gigante, cargue con este nuevo mundo. ¡Ea! ¡Ánimo, ánimo, que ya Californias es de María y con esto es de don Juan Caballero, su devoto, y de San Francisco Javier!

Esta cartita también ha de servir para mi padre y compañero, el padre Nicolás,¹¹ que lo tengo muy en el corazón, y por hallarme con tanto peso y desamparo y solo no [le] escribo aparte, aunque espero cargar menos por acabar de llegarme el socorro de mi padre Francisco María Píccolo, que es grande misionero, y con esto se viene a asegurar esta conversión. ¡Bendito sea Dios y viva María, viva el Apóstol de las Indias! 12

A mi paisano Fracinete 13 le estimaré a vuestra merced le envíe a llamar y le dé parte de estos buenos sucesos. Si el portador de ésta fuese el capitán don Juan Antonio Romero [de la Sierpe], que me trujo a California, le estimaré a vuestra merced todo agasajo y él será carta viva y dirá con individuación todo. Y por la precisión no me dilato y acabo deseándole toda felicidad.

Real de Nuestra Señora de Loreto y ensenada de San Dionisio de California, y noviembre 27 de [16]97.

Besa la mano de vuestra merced su menor servidor y capellán,

Juan María de Salvatierra

CARTA III

SALVATIERRA AL PADRE JUAN DE UGARTE¹

(27 de noviembre de 1697)

Pax Christi:

Heme abstenido de escribir a vuestra reverencia porque sabíamos que las cartas deseadas son las que tienen la fecha de California; y por la misericordia de Dios, intercesión de María y defensa de las paredes de su santa casa de Loreto, que venimos a fundar,² esta carta es de Californias y en ella revelaré a vuestra reverencia los pasos de nuestro viaje —y tocantes a él— por mar y tierra.

Yo llegué a la provincia de Sinaloa por Semana Santa, y se levantaba toda la gente de estos vecinos españoles para ayudarme en la empresa de plantar la fe en la California. De Sinaloa salí a la sierra de Chínipas y Guazapares a ver [a] toda esa gente tarahumara serrana (mis hijos), llevándoles algún regalito y repartiéndoles a todos rosarios, alentándoles en la perseverancia de la fe y devoción a María. Y me encontraron con tanto gusto y amor que era difícil el detener las lágrimas en todo los pueblos por donde fui; y los padres de esos partidos y misiones hacían lo mismo, con tanto consuelo espiritual de ver a todos tan alentados en la fe que todo me pareció un remedo de la gloria.

Apenas salí yo de la sierra para arrimarme a la mar en expectación de las embarcaciones cuando saltaron unas chispas de un alzamiento tan furioso en las misiones de tarahumares buenos, que por poco llegan a perderse todos. Pero estuvieron nuestros hijos serranos tan constantes en la fe que, viéndose amenazados de los apóstatas si no seguían su bando, salieron para la tierra del enemigo setecientos flecheros y llegaron a un peñol fortísimo del enemigo y le mataron mucha gente y le cogieron algunos ganados. Y eso fue yendo solo, sin ayuda de ningún español porque no lo había, pues los pocos que había estaban sin forma de poder salir sino sólo de estar abrigados de las paredes.

Murieron de nuestros heridos en la pelea —que duró hasta la noche— ocho de nuestros hijos, que fue muy poco respecto del daño del enemigo. Fueron todos a la guerra con su rosario al cuello y repararon los padres [en] que nadie quedó herido de la cintura para arriba, caso que

observaron todos los indios, que se enfervorizaron mucho en la devoción del rosario y tenían a gloria grande los parientes de los difuntos el haberseles muerto algunos de los suyos en la defensa de la fe.

En este tiempo estaba yo solicitando medios para la entrada de la California y, como no llegaban las embarcaciones, me rogaron los padres de nuestra sierra [de la Tarahumara] que, supuesto era necesario el aguardar, que me acercase a los indios y aguardase con participación de sus grandes peligros, ayudándoles [de ese modo a los padres].

Así lo hice y subí otra vez a la sierra, en grandes peligros de asaltos y rebatos del enemigo y, ya la víspera del Santo Padre, entendí sería mi último día en compañía del padre Nicolás de Prado y Martín de Benavides; pero el Señor me libró de todo peligro y, bajando ya de la sierra, después de la fiesta de la Asunción, que celebramos con mucha solemnidad y vino a ella el padre rector Antonio Gomar —y había de venir el padre Manuel de Ordaz, pero fue detenido del peligro que no diese el enemigo, en su ausencia, en los pueblos de su misión [de] Cerocahui y Cu[i]teco—, supe en el camino, por cartas del padre Diego de Marquina, que vive a la mar de Yaqui, cómo, en víspera de la Asunción de María, había tenido razón de la llegada a[1] Yaqui del capitán Juan Antonio Romero de la Sierpe, que había llegado con la galeota a[1] Yaqui, y que en las costas de Barba de Chivato, en una tormenta se le había desaparecido la lancha con ocho personas en ella; pero dentro de pocos días llegó asimismo la lancha a los mares de[1] Yaqui.

Ha obrado la Señora de Loreto grandes maravillas en el viaje de la galeota y de la lancha hasta [el] Yaqui, de suerte que toda la gente de mar que viene en ellas le llaman "el viaje de los milagros", habiéndose visto perdidos muchas veces, pero en especial una que les pareció a todos imposible de poderse salvar, pues, en cercanía [de la barra] de la Navidad, la tormenta y las corrientes muy fuertes llevaron la galeota sobre un farellón blanco que a cada paso se iba tapando con las olas grandes del la mar, y la galeota iba tocando sobre el mismo farellón. Diéronse todos por perdidos, pero, invocando a Nuestra Señora de Loreto, quedaron libres y es de advertir que duró el evidente peligro desde el amanecer hasta el mediodía.

Llegaron a Chacala y, como la gente de mar conoció que su viaje no era para pesca de perlas, por poco se le amotina al capitán; pero por medio de la Virgen se sosegó esta no menor tempestad, en tal grado que, por falta de otros bastimentos, se contentó la gente de venir comiendo todo el resto del viaje maíz cocido, que llaman pozole.

En [el] Yaqui, como son mares bravos y sin puerto, corrieron iguales peligros el tiempo de la detención; pero en la última desesperación de poderse ya mantener, estando lleno toparon bastante fondo en un lado de una boca de un estero grande, todo de agua baja y que tenía una canal escondida que dura sólo medio tiro de arcabuz dentro del mismo estero, muy abrigado de todo viento, conque se retiró la galeota a este abrigo. Y, porque la ocasión de

hallarle fue el desembarcar a la Madonna para que se hiciese la fiesta de la Navidad en [el] Yaqui y procesión, pareciéndole[s] a todos los marineros que semejante hallazgo de puerto escondido fue especialísimo favor de la Virgen le llamaron a este nuevo puerto el puerto de Loreto, y está tan i[n]mediato a tierra como medio tiro de escopeta. Y en verdad dicho puerto servirá de único alivio de estas misiones el que haiga formado de puerto en [el] Yaqui, por ser la parte más cercana y más abastecida de algunas cosas necesarias para un socorro preciso y estar en mucha cercanía de la provincia de Sonora, provincia más fértil que Sinaloa.

Detuviéronse poco menos de dos meses las embarcaciones en [el] Yaqui, a causa de aguardar bastimentos, habiéndose malogrado por varios accidentes lo más de los bastimentos que yo tenía prevenidos en la [Nueva] Galicia y apolillado y agusanado el maíz por la fuerza de la calor y humedad de tantas aguas, de suerte que caminaron siempre con fuerza de tempestades y temporales.

También fue causa de la tardanza el aguardar algunos hombres de armas; pero fue en balde el aguardarlos porque [en] el tiempo que yo me acerqué a la mar reventó con tanta fuerza el alzamiento de las fronteras [de la Tarahumara] que obligo a salir a mucha gente española a la defensa y socorro, y entre ellos fueron los que estaban apalabrados de venir conmigo a California, conque en el mejor tiempo me faltaron.

Pero no por eso desmayamos, porque cuatro españoles de la galeota ofrecieron quedarse conmigo, y el portugués Esteban Rodríguez [Lorenzo], que salió de México conmigo, ha quedado muy perseverante y corrido conmigo todos los trabajos. También se me juntó otro pobre del Rosario y dos indios, uno de Guázabas, en Sonora, y el otro de Tepahui, mis antiguos amigos y otro indizuelito de Guadalajara. Y estos [nuevos hombres] son los primeros conquistadores [de California].

La embarcación chica o lancha la dio de limosna don Pedro Gil de la Sierpe, con grande liberalidad, a esta misión de Nuestra Señora de Loreto, y en ella también venían seis hombres marineros, que habían todos de estar en nuestro resguardo así en mar como en tierra. Llegaron, pues, los bastimentos precisos de alguna harina y maíces comprados, y los padres de[l] Yaqui, viéndome sin carne por haber quedado toda en la [Nueva] Galicia, me dieron de limosna con liberalidad treinta reses, y cuasi toda esta carne se embarcó en la embarcación chica. También pude embarcar un caballo, diez carneros y cuatro cabras con su macho, y cuatro lechoncitos que truje [de] más de cien leguas lejos.

Estábamos sólo aguardando por horas al padre Eusebio Francisco Kino cuando recibimos carta de que, por el peligro que corría Sonora por su ausencia, no lo dejaban salir; conque, por no perder del todo esta empresa en la detención de las embarcaciones, que se maltrataban mucho y se iban inutilizando para el viaje, y por lograr los gastos forzosos así

del alentado caballero de Pedro Gil de la Sierpe como de la misión, me fui a embarcar el sábado antes del la dominica del Rosario.

Detúveme algunos días dentro de la galeota, sin navegar, por varios accidentes, hasta que el día de San Francisco de Borja, a la tardecita, salimos del puerto y, por recela de no dar en unos bajíos, luego [de] salidos del puerto volvieron a echar anclas. y me consoló salir del puerto el día de nuestro santo fundador de esta nuestra provincia mexicana [de la Compañía de Jesús].

El día 11 [de octubre], viernes, nos dimos a la vela, y apenas habíamos navegado media legua cuando, por haberse sotaventado demasiado la galeota, dimos en un banco de arenales, con grandísimo peligro de malograrse todo. Venía la galeota muy cargada y [con] cargas balum[b]osas, como vuestra reverencia puede considerar por las que se hicieron en México. Como en la ocasión había aire y muchas corrientes, levantaban las corrientes la embarcación y dentro de un avemaría le dejaban dar el golpe sobre los arenales y con el golpe crujía todo. Y como se iba zumbando en el arenal, levantaba muy alto el timón, de tal calidad que si no acuden luego se nos pierde todo.

De este modo iban corriendo los golpes. Los marineros se dividieron en dos pareceres: los unos decían que virásemos para atrás y los otros que virásemos para adelante, para nuestro viaje. Yo no me metía en cosas, mirando sólo el pegarme a alguna tabla en abriéndose la embarcación, que, como es larga a modo de galera, con carga de popa a proa, se levantaba con los golpes por el medio del árbol mayor, dando señas de abrirse.

Determinó el capitán Juan Antonio Romero de que se siguiese el parecer del contra maestre, llamado Antonio Justo, buen marinero genovés que había sido contra maestre en la armadilla de Californias. Así que vide la resolución de virar para fuera, entonces les hice hacer propósitos a todos de ayudar a la plantación de la santa casa de Loreto en Californias. Todos respondieron que sí; forcejaron con las canoas y algunos remos, invocando todos a Nuestra Señora de Loreto, cuando, después de haber dado más de treinta golpes la galeota, nos hallamos en altamar, con tal alegría de todos que se daban los parabienes en voz alta como saliendo de sí de alegría y dando mil bendiciones a la Madre de Misericordias.

Así se volvieron a la embarcación chica los que habían venido con su canoa a ayudarnos. Nos pusimos a la vela y, con buenos aires a ratos, y a ratos con calmas, caminamos como diez leguas.

La noche refrescó el aire y, así, el día 12, sábado, amanecimos ya a la vista clara de California, tomando la posesión de vista el día de la Virgen. Y a prima noche del sábado hubiéramos podido dar fondo a San Bruno, pero se guardaba esto de saltar en tierra de una vez para otro sábado, y, así, temiendo los marineros los escollos no muy conocidos de estas costas, y no habiendo luna, se retiraron a altamar.

Hasta aquí habíamos caminado [teniendo] a nuestra vista la embarcación chica cuando, esta noche, tuvimos así aires como fueres corrientes que iban para adentro; y, así, amanecimos el día 13, domingo, sin tener a la vista la lancha ni poder saber más de ella. El viento lo tuvimos contrario el domingo y, así, no pudimos entrar en San Bruno, en su media ensenada y, así, y por tanta fuerza del [viento] sudueste, nos dejamos llevar para arriba, de suerte que el lunes 14 nos hallamos a vista de la serranía que llaman de Las Vírgenes, y por no coger más altura nos entramos en una grande bahía llamada de la Concepción, muy asegurados del aire. Y quiso la Virgen tomar posesión de ésta, su bahía, de suerte que allí dije misa el día de la gloriosa Santa Teresa y salté en tierra, comimos unas pitahayas y no vimos gente, aunque reconocimos mucho rastro, y fresco.

Tiene la bahía [de la Concepción] una entrada más adentro, que no está puesta en los mapas, con señales de ser cosa buena y puerto muy resguardado y quizás con agua dulce a la raya, por ser allí el remate de una larga cordillera de montañas. Deseaba el capitán de penetrar adentro y descubrirla bien con las canoas para el día siguiente cuando, al anochecer, se nos levantó un aire favorable y, así, con él nos tiramos a la altamar y caminamos esta noche como veinticinco leguas, de suerte que amanecimos sobre San Bruno, y, así, el miércoles 16, a la tarde, saltó en tierra arrimada a una mala loma Esteban Rodríguez y otros marineros, y finalmente descubrieron gente y se juntaron como unos cinco indios, y, haciéndoles y señas desde el navío con el sombrero, me hicieron ellos señas con las manos [indicándome] que bajase.

Bajé con el alférez y teniente don Luis Tortolero [y Torre] y otros marineros. [A la] llegada a tierra los hice hincar [a los indios] y besaron todos el Santo Cristo y el relicario de la Virgen Santísima. Preguntéles con señas y media lengua por algunos de los indios antiguos mansos, y no hicieron señas [indicándonos] que [esos indios por los que preguntábamos] estaban en el pueblo, convidándonos a que fuésemos allá, con tales demostraciones [sic] que, juzgando yo que había tiempo para ir y volver, pues serían las tres de la tarde, fimos caminando por una cuchilla de peñascos sueltos, tan agria que no se pudo hacer pasos sino con manos y pies, y duró [la caminata] más de media legua, sudando todos a chorros.

Y resolvimos de revolver, por hacerse tarde, y al hacer la demostración [sic] de revolver mostraron mucho sentimiento los indios, tanto que por no disgustarlos nos resolvimos a pasar una mala noche [y] llegar hasta el real antiguo [de San Bruno], pues era imposible reandar de noche los crestones de la sierra.

Al caer del sol llegamos muy fatigados al antiguo real de San Bruno, fundado en una loma en que no había [ya] más que piedras caídas y todo derrumbado entre abrojos y espinas, menos un pedazo de cortina que todavía estaba levantado, como de una vara de alto, que mira a la llanada arriba. Como íbamos desprevenidos, cuasi todos se quedaron sin cenar, menos los que se alentaron a comer unos granos de maíz que había sobrado de un almudillo

que bajamos a tierra para regalar a los indios. Y a mí me supieron muy bien, tostados en la ceniza.

Vinieron algunos indios e indias a vernos, aunque las indias, apenas que se habían sentado a conversación cuando, por una voz que oímos de fuera, luego arrancaron todas de carrera. Quizás tendrían algún recelo de nosotros. Durmieron arriba unos ocho o diez indios con nosotros. Dos veces nos trujeron agua y toda ella una peor que otra de salobre.

Al amanecer salimos y reanduvimos por la misma vereda, por no saber otra y haber dormido la canoa en el puesto de ayer. Vinieron en nuestra compañía algunos de los indios que durmieron en la loma del real destruido y nos alcanzó otro indio, ya hombre, que dijo [que] se llamaba Francisco y decía tal y cual palabra castellana, pero sin noticia de la lengua del cielo de Dios.

Mucho se desanimaron los pocos conquistadores por razón del agua tan salobre, por la grande distancia de la mar hasta el primer aguaje salobre, por la dificultad de poder desembarcar con tan poca gentes [y] cargar más de media legua, aun por el camino más derecho, tantas cargas que venían, [y] por no oírse un tiro de arcabuz desde el real viejo hasta la embarcación. Y por ser tan pocos necesitábamos tener unión mayor para poder ser ayudados de los de la mar y poder nosotros ayudarlos, en desembarcando para venirmos a ver a el real.

El capitán Juan Antonio Romero dijo que en otra ensenada muy cerca había hecho él aguada dos años antes y que estaba el agua buena y dulce, y se llamaba la ensenada de San Dionisio; que le pareció estar todo eso verde y en más cercanía del mar, aunque no lo había registrado entonces con fefleja.

Había asimismo otras dificultades para desamparar San Bruno e ir a la ensenada de San Dionisio, y que, por el tanto, habiendo dificultades por todos lados, tomamos a la Madona por patrona y que ella nos diese la mano. Echamos las suertes en su nombre y nos salió en suerte el papelito de San Dionisio. Y digo la verdad que lo sentí que saliese San Dionisio, llevándome la inclinación y el deseo de ahorrar más viajes para San Bruno.

Luego que nos cayó en suerte San Dionisio, a las tres de la tarde en 17 de octubre nos dimos a la vela y salimos de la ensenada de San Bruno y dormimos arrimados a la isleta de Coronados. Teníamos aparejados a los [indios] de San Bruno y diciéndoles que por no ser el agua buena íbamos a San Dionisio, que fuéramos allá y los veríamos en San Dionisio.

El día siguiente, viernes 18, llegamos temprano a la ensenada a modo de media luna; la vimos desde el barco toda verde y de punta a punta viene a tener como cuatro o cinco leguas. Salté en tierra con el capitán al puesto que les pareció a los marineros que habían hecho el aguada dos años antes. Vinieron a recibrnos bastantes indios con sus mujeres e hijitos, besaron al Santo Cristo, hincados, y [a] la Virgen. Tenían la ranchería [a] medio tiro

de arcabuz de la mar. Fuimos a ver con ellos los ojos de agua; los topamos luego en una cañada que por el lado del sur hace mesa alta como más de una pica, toda llana y remata en este modo de llano alto [que está a] un solo tiro de arcabuz del mar [y] que nos queda al poniente.

Parecióme grande puesto para poder atrincherar, resguardado el norte por alto de la mesa y el bajío de la cañada, que en el puerto a donde estábamos hace una lagunita de agua algo salobre, pero buena para las bestias. Y más allá de la cañada, a la otra banda, hace un gran carrizal, de donde no pueden llegar acá las flechas sino cansadas y [en cambio] pueden llegar al carrizal nuestras armas y tener a nuestra vista nuestro ganado.

En los principios de la conquista toda la mesa estaba llena y tupida de mezquites de buena sombra; y una sombra en que dormimos a la siesta, el capitán Romero y el alférez Tortolero y yo medimos el grueso del mezquite y tuvo más de tres varas de grueso, de lo cual quedó espantado el capitán Romero por haber informado y certificado antes, en Acapulco, al señor tesorero don Pedro Gil de la Sierpe, que no había visto leña en la California y ver agora que aquí corren leguas estos mezquitales.

Volví a bordo con esta vista muy contento, pues ya era tarde y hora de comer y hacer nombre de Dios en la California; pero la Virgen Santísima quiso que esto fuese en sábado, y así, llegando a bordo empezaron los marineros a dudar de si el puerto en que saltamos en tierra era en el que habían hecho el aguada años antes; [decían que aquél] aún era mejor de lo visto y que quedaba por el otro extremo de esta media luna.

Deseoso, pues, de coger el mayor puesto, y siendo fácil el aclararnos de la verdad, navegamos como una legua poco más hacia el sur de la ensenada, y al principio de la navegación nos hicieron señas los [indios] de la ranchería que dejábamos; saltamos en tierra y se juntó mucho número de tente y todos besaron el Santo Cristo y [a] la Virgen, y como eran tantos no alcanzó el maíz que bajé dentro de un balde.

Mezclándose los indios del puesto a donde saltamos la mañana —que costa a costa nos fueron siguiendo por la playa— con los otros indios, en mayor número, del otro aguaje a donde íbamos; y como no sabíamos a donde estaban [los otros aguajes] caminamos más de legua y media, siempre arrimados a la playa y con la amenidad del monte a mano derecha, con i[n]mediación, y hasta que, entrando en un carrizal muy dilatado, llegamos a la cañada, que me pareció más amena que la otra y con más gentío, pero los aguajes menos buenos.

La chusma, que era mucha, tiraba a retirarse; pero con paz y sosiego se vinieron todos. Sentéme entre ellos y se sosegaron todos, en especial las viejas, que estaban muy ariscas, que después de muchas razones que les dije mucha gente se hincó de rodillas y besó al Santo Cristo y a la Virgen, y di algunos zarcillos a tal y cual vieja, y, así, nos volvimos y se nos desapareció el balde [en que se había bajado el maíz].

A la vuelta, en medio del camino de la playa, [nos] encontramos con un indio principal de la otra ranchería a donde estuvimos por la mañana —que se llamara pablo cuando [tiempo más tarde] le bauticé—, y volvió con mucha instancia que nos quedásemos allá. Y habiéndole dicho que sí, que volveríamos por la mañana, hizo grande demostraciones [sic] de alegría.

Volvimos a bordo y, habiendo grande calma, amanecimos el sábado 19 de octubre con un airecito fresco que nos volvió al puesto que habíamos dejado. Salté en tierra con el capitán Juan Antonio Romero, que dio nombre de Dios trabajando hasta ayudar en limpiar el pedazo de mesa en que había de poner el primer real.

Y se desembarco todos los animales, y, como a la novedad de verlos venían mucha gente a la playa, y [venían] mujeres, sucedió un cuento precioso en que se rieron todos mucho, los gentiles, y nos reímos todos. Los varones van desnudos de el todo; las mujeres, de la cintura para abajo, hasta más abajo de la rodilla, llevan cordeles muy tupidos de carrizo y otros cordelitos semejantes que hacen mucho ruido al moverse, como quien sacude el maíz. Como nunca habían visto lechones [los] recibieron con mucha novedad, y más de verlos tan mansos que se les acercaban sin hacerles daño. Las mujeres se levantaban también para ver los marranos más de cerca y, éstos, como oyesen el ruido a modo de maíz, corrieron todos tras de las mujeres, gruñendo mucho, y cuando más se huían las mujeres tanto mayor era el ruido de los cordeles, como quien llamaba a los lechones con más violencia, de suerte que duró la fiesta y risa de todos hasta que con maíz verdadero se sosegaron los marranos.

Los cuatro días siguientes se gastaron en desembarcar la ropa y maíz y harina, y [los indios] nos ayudaron a todo y hubo unos tres o cuatro indios que trajeron, desde la playa hasta la mesa del real de Nuestra Señora de Loreto, un tercio de harina cargado en la cabeza. Y les dábamos un poco de maíz a todos los que nos traían algo de la playa, que dista como dos tiros de escopeta y se divisa todo desde la mesa del real; pero como se corre por un pedazo de carrizal que queda a la otra banda de la cañada, algunos de los ayudantes hurtarían algo en el pasar del carrizal, aunque cuasi todos estuvieron muy fieles. Y con la mucha instancia que yo hice hallaron el balde que, según dijeron, lo había cogido uno de la ranchería de los monquís, que es lo que queda en el otro lado de la ensenada abajo.

Toda la carga la repartimos a modo de pared, atrincherándonos con ella, y como los indios son voracísimos de maíz empezó el Demonio a tentarlos por ese lado y, viéndonos pocos, pensaron que por miedo les daríamos cuanto querían. Desde que salté en tierra se les cuece un almud [de maíz] de limosna en el cazo y yo se lo[s] reparto cocido y algunos puños a los que no alcanza[n]. Esto es de limosna, aunque no se haga nada, que al que ayuda en alguna cosa, aunque de mover una mano, se le da su puño de maíz antes de repartir el pozole.

Voy con los papeles del padre Juan Bautista Copar[t], entrando con ellos en hablar en alguna cosa de nuestra santa fe, y se deberá todo a dicho padre y a lo bien que trabajó la

doctrina en esta lengua, de lo cual ellos [los indios] quedan muy admirados. y lo que me consuela mucho es ver que la palabra de Dios va entrando como la lluvia en la tierra.

Reconociendo el peligro en que nos hallábamos por la codicia de los bastimentos de el maíz, y como [los indios] se arrimaban por de fuera de la trinchera a los costales, arrimamos en una tarde una cerca de ramas de mezquite espinosos a toda la trinchera y fue tal el sentimiento de ellos por esto, que se pudo temer mucho no diesen sobre nosotros.

Y poco valía el que les dijese que todos eran buenos, pero que tal y cual hurtaban, conque, viendo yo el peligro de nuestra gente, requerí al capitán Romero para que nos dejase para nuestra defensa un pedrero de los que traía la galeota, y luego se desembarcó [dicho pedrero], ayudándonos mucho dicho capitán con toda la gente del el mar.

Descabezamos un mezquite grueso, [que estaba a] cuatro pasos de la trinchera. Se agujeró [el tronco] con escoplos y se plantó en él el pedrero, alargando la trinchera para tener dentro el pedrero en su tronco, el cual [o sea, el pedrero] se voltea por todos lados con mucha facilidad, dominando todo el real, toda la cañada, toda la mesa y hasta y hasta toda la playa de el mar, de cuya vista se goza. Pasamos la noche los pocos que aquí estábamos con mucha vela, concertados con los de la mar que, oírse dos tiros de arcabuces, viniesen a socorrernos, que sería señal [de que los indios] darían sobre nosotros.

Sosegáronse de esta primera moción y esta noche, que fue en 23 de octubre, nos cayó un aguacerón tan grande que nos mojó cuanto teníamos, confiados en que no llovía en Californias.

El día siguiente al aguacero desembarcó la Santa Madonna y topó regado todo el suelo. Se recibió en tierra con mucha salva y rezamos con los indios el Ave María, en su lengua, y cantando las letanías lauretanias la llevamos en procesión al real, cargándola el capitán Juan Antonio Romero y otros. Con otra salva entró [la imagen de la Virgen María] dentro de el real, armándosele por iglesia la tienda de don Domingo de la Canal que, con el pabellón de don Martín de Zabalza y otros, componen las tiendas en medio de el real.

Dieron señas de mucho gozo los indios e indias con la venida de la santa imagen, que llegó aquí el viernes en la tarde, y el sábado siguiente se le celebró la misa, en 25 de octubre, y dos días antes habíamos plantado la santa cruz con muchas flores, instándome todos los españoles [y] después muchos indios para [que les permitiera] besarla.

En todo este tiempo de detención de la galeota no hemos podido saber nada de la lancha ni de los siete hombres que vienen en ella, y, así, prevenidos aquí lo mejor que se ha podido, nos quedamos aquí solos, yendo la galeota a su viaje segundo [al] Yaqui para traer algunos soldados y algunas bestias y unas cargas de bastimentos que dejamos, tanto más que en la lancha perdimos cuasi toda la carne y el maíz mejor que venía en esta ocasión.

Salió, pues, la galeota el sábado 26, y, al vernos pocos y tan solos y con maíz, se tentó mucho de la gente de la parte de los indios para obligarnos a que les diésemos cuanto querían de lo que ellos podían y querer quedarse todo el día con nosotros, comiendo todo el día sin querer ayudarnos en nada. Y para que se apartasen de la i[n]mediación de el real a boca de noche se hacían muy reacios, de suerte que fue grande favor de la Virgen Santísima el que desde luego no se quebrase con ellos con alguna demostración [sic] de guerra, por no querer ellos obedecernos y apartarse a boca de noche. Y de estos peligros de romper cuasi cada día primero en que nos hallamos solos se pasaron dos [peligros] cada día. La dicha ha sido que entre ellos se han demostrado [sic] algunos alentados en nuestra defensa y en sosegar el atrevimiento de los otros.

El día de San Simón y Judas, estando yo para decir misa fueron algunos [indios] malévolos a arrebatar con el ganado menor de las pocas cabras y carneros, y acudieron otros a avisarnos y que fuesen con ellos algunos de nosotros hacia la playa. Y salió el alférez don Luis Tortolero con otro, quedando aquí los otros [habitantes del real] con prevención, y, de este modo, luego [a]parecieron las cabras y carneros, retirándose los malhechores.

Trajéronlas al corralito, sin que faltase nada, y, con esta ocasión, mandé matar el carnero más gordo, que era lástima se lo comiesen los enemigos. Y, por ser tan buenos los pastos, el poco ganado menor, que venía de la mar muy maltratado, ha engordado y se reconoce ser tierra buena para ello, que el entenderse lo contrario era una de las imposibilidades que se ponían para poblarse e la California.

El día siguiente después de desembarcada la Virgen Santísima llovió también un aguacero que empapó toda la tierra y empezaba ya a correr el agua. Y como estamos aquí sin abrigo nos causó en los días siguientes muchas incomodidades para haber de enjugar trastes sin deshacer sino a retazos la trinchera. Y como cada uno de los pobres en estos aguaceros se arribaba al abrigo de algún rincón, con mucho gusto, en medio de el trabajo, repetían riéndose estas palabras: "¡No llueve en California, no llueve en la California!" Así, en medio de mojados hemos estado alegres.

El martes 29 de octubre, a medio día vino y llegó aquí un indio alto, acompañado de otros, que decían: "Almilante, almirante", y tenía traza de cacique, según la demostración que hicieron los demás. Se dejó entrar dentro de el real en presencia de el alférez, a la sazón don Luis Tortolero, y mía, y se sentó y preguntó por el padre Matías, [el] padre Eusebio y [el] padre Juan y por tal y cual de los de el tiempo de don Isidro [de Atondo]. Venía desnudo, como todos, y el venir de esta manera nos hizo ver la grande enfermedad que el pobre tenía, pues ya tenía comida del cáncer cuasi toda una parte de el cuerpo. Mostró y muestra ser un indio de buenas entrañas y que Dios lo ha llamado Dionisio y asiste a la doctrina con muchas señales de predestinado. Es grande comedor, al par que altote que es él. Y es él único que, [según] he alcanzado, muestra indicios de saber algunas cosas de Dios y afición a ellas; y otros, aunque sabían decir "Santa María ora pro nobis", era sin conocimiento de

las palabras sino materialidad, y a el mismo paso pronuncian otras palabras: "mantequilla", "perro", "señor" y otras al tono.

El dicho indio cacique enfermo, un día después de haber llegado entró aquí a el anochecer, que fue el último jueves de octubre, y me dijo en secreto, a los oídos, que los monquí querían venirnos a matar esta noche o mañana, según pude entender. Estuvimos, aunque [somos] pocos, bien prevenidos toda la noche y, como a media noche, avisó el soldado de posta que había oído disparar un tiro hacia la ranchería de los monquí, por la mar. Lo mismo dijo el compañero de posta y los indios que dormían con el cacique enfermo.

Se respondió de acá con disparar un arcabuz y de allí a una hora oímos todos claramente disparar otro tiro de pedrero o pieza [de artillería] al mar abajo, hacia esa ranchería de los que nos querían dar. Espantándose los indios y preguntaron [que] qué era eso, y respondimos que eran otros españoles que nos venían a socorrer contra los monquí.

Aquí descargamos el pedrero de balas y se [le] pusieron unas piedras y se disparó con la boca alta hacia la mar, y como era de noche hizo grandísimo ruido y las piedras y las balas que iban por el aire lo mismo [hicieron ruido].

Juzgamos sería la lancha perdida que, costeando, venía en busca de nosotros disparando de noche. Amaneció y vimos arrimada al islón de Carmen una embarcación que, por juzgarla todos ser la lancha y no ser otra, nos puso en mil discursos de cómo, teniendo bastante viento, no se acercaban acá, antes se iba encaminando hacia [la isla de] Coronados a salir por esa boca que hace la isla de Coronado con la punta de esta ensenada. Y de echo salió de dicha boca y se nos des[a]pareció, dejándonos confusos y juzgando que por la mar afuera tendría aire contrario.

Pensamos se abrigan a la espalda de la isla de Coronado, en cuya ensenada estarían resguardados de los malos vientos. Y estando en esta suposición llegó un indio que desde esta punta, con su balsilla, fue a bordo de la embarcación hasta Coronados, por su curiosidad, y con esta ocasión se trujo una carta que todos pensamos con mucha alegría que era la carta de la lancha; pero se nos aguó luego la alegría, pues la carta era del capitán Juan Antonio Romero, que se decía de esta manera: "Quedo pesaroso de no haber conseguido lo que pretendía para que tuviera vuestra reverencia algún alivio con la gente que hubiere traído; pero nos ha sucedido al contrario, que estuvimos en la otra banda en seis brazas de agua, seis leguas a sotavento de [l] Yaquí, y fue tanto el viento y la mar que me obligó a venirme a esta costa para ganar barlovento y proseguir el viaje, que si no me hubiera venido acá ya hubiera perdido el viaje y [nos hubiéramos perdido] nosotros de vuelta para Chacala. Dios ha sido servido de que haigamos vuelto aquí. Dios me concede besar la mano de vuestra reverencia". Hasta aquí la carta del capitán de [la] galeota para su viaje.

Y aquí nos quedamos arrimados al amparo de la Soberana Señora, desamparados de todo socorro de la tierra, y, aunque pudo causar mucho desmayo en los pocos hombres que aquí estábamos, no obstante todos sacaron fuerzas y nuevos alientos para defender la fe.

No dieron sobre nosotros este día los enemigos porque pensaron que venía la embarcación disparando por la mar para amenazarlos; pero el día siguiente, reconociendo ellos haberse ido otra vez y sin socorrernos la embarcación, acudió mucha gente en son de paz en cercanía del real y del cazo de pozole. Y aunque venían sin armas como acostumbraban, no obstante se vido que algunos traían piedras debajo del brazo y tal y cual se estoque en la mano, que es arma con que pescan y juntamente con que pelean. Yo, sin hacer novedad, salí a la hora ordinaria. Al estar casi cocido el pozole juntéles a la doctrina, en la cual estuvieron con poca atención. Repartióseles el pozole, que, con lo que se añadió de maíz seco, alcanzó para todos.

Después estuvéme paseando y, sentándome en un palo, estuve haciendo ejercicio de lengua, en el cual tiempo se me arrimaron más curiosos y más gente de lo ordinario para este ejercicio. En el caso me dijo uno, señalándome el zurrón más grande de maíz y diciéndome que les diese ése y que, de no dárselo, nos mataría.

Por decir la palabra matar dicen "lui, lui". Hice que no entendía, como a cada paso sucede en quien aprende lengua y se está enseñando en ella. Mostré de tomar por equívoco la palabra "Luis" y "Luisillo", que es el nombre de un indio californio, pariente de éstos, que desde el tiempo de don Isidro de Atondo salió de esta tierra con dos indi[e]zuelos californios en compañía del padre Juan Bautista Copar[t]. Antes de desamparar la California [esto es: antes de que la expedición de Atondo abandonara la California] salieron [Luisillo y los otros dos indios] en una embarcación, la cual después no volvió más, y con esto se quedaron los dichos tres indios al amparo del señor obispo de Guadalajara, don Juan [Santiago] de León Garabito, por más diligencia que yo haya hecho no pude traer conmigo los dos que todavía están vivos en algún escond[r]ijo de alguna hacienda de [la Nueva] Galicia o la Nueva España.

Con el equívoco, pues, del nombre de Luisillo, les dije que [él] vendría acá y que estaba vivo y que lo verían, y, dándoles la detenida con ello, me fui saliendo poco a poco de entre ellos y me retiré dentro de la trinchera, en donde, ya con muchas malas señas que se habían visto, se resolvió de despedir a los indios para que se fuesen a pescar y otras cosas suyas semejantes en que se ocupan para sí mismos.

Quise tratar de ver si se podrían ocupar en algunas faena, y, así, les dije que trujesen unas piedras para hacer el pie de un horno, y para el ejemplo empecé yo a trabajar, y un par de españoles bien prevenidos por orden del alférez hicieron lo mismo. Y a habernos ayudado [los indios] en algo ya era algún título para dárselos maíz y no por el título de miedo que

nos ponía; [pero] no hubo quien alzase la mano y se levantase a ayudarnos en cosa, de lo cual reconocimos con más claridad su depravado intento.

Dejamos nosotros también el trabajo, por no conseguir el fin que pretendíamos, y, finalmente, fue menester llegar a la última resolución de mandar que se apartasen, con todos los medios de mansedumbre, lo cual no sirvió y fue menester llegar a las amenazas de las armas. Y como yo estaba en medio de entre los españoles y los indios procurando con buen modo la retirada de paz, me alcanzó de uno de ellos, a género de caricia, que fue una bofetada de dos manos a un tiempo, y tal y cual de ellos, al son del aire, [me tiró] alguna piedra. Pero finalmente se retiró, habiéndome yo retirado primero, dejando obrar a los españoles con amago de guerra.

Al irse retirando y apartando, dos ancianos de ellos se pusieron por delante y, volviendo la cara para su gente, le hicieron señas con las manos a que se apartasen y sentasen. Después, volviendo la cara a nosotros, nos hicieron las mismas señas a que nos aquietásemos y depusiésemos las armas. Con eso sirvieron ese día para medianeros y los indios todos se repartieron en cuatro escuadras, en cuatro diferentes puestos, todos abajo del real, en la cama que hace el río, distante[s] todas las escuadras como un tiro de arcabuz, y se sentaron todos, cada escuadra en su puesto.

Y el modo de sentarse cada escuadra era éste: sentábase uno en la punta, que hacía frente; luego se seguía otro, eslabonado, en la segunda hilera, i[n]mediato del primero; en la tercera hilera venían tres, en la cuarta cinco, y se volvían. Atrás crecía el montón y todos eslabonados, que es su modo de sentar de ellos. Y de esta manera se estuvieron todo el día entero hasta caer el frío de la noche, sin hacer ellos ni nosotros tampoco nada.

Vino el día siguiente y, como si no hubiera sucedido nada el antecedente, aquí se coció su pozole ordinario y hubo su doctrina y su comida, como siempre. Y se resolvió acá, por consejo del alférez don Luis [Tortolero] y mío, que no se despidiesen después de la comida sino solamente después de la oración de la noche. Ello era de gran cocijo a los pocos hombres que aquí estábamos para la guarda y vigilancia, quemándose los pobres al sol, sin tener tiempo de poder descansar de día siquiera un cuarto de hora después de haber pasado todos buena parte de la noche en vela, repartiéndose los cuartos, sin tener una noche vaca para poder descansar.

No obstante este grande trabajo y tesón, todos se sujetaron, y con amor, a esta orden, para tener cada día una ocasión menos para alboroto y motín de los indios. Y, así, tan solamente se despedían [los indios] a boca de noche y casi siempre con mucho trabajo y peligro, desamarrándose siempre para esa hora un perro bravo que traíamos y asomándolo a la puerta del real, llevándolo de la mano un soldado, y, de esta manera, entre burlas y veras se iban apartando. Y con este tesón e i[n]menso trabajo pasamos hasta de día de los asaltos, que sucedió el 13 de noviembre.

En este ínterin iba creciendo la enfermedad del cacique que, gentil, se llamaba Dionisio, teniendo comida del cáncer ya casi del todo una parte del cuerpo y empezándole a entrar en las tripas. Habiéndose dispuesto en todos los días antecedentes para el santo bautismo, y, asó, con consuelo de todos se bautizó el día 11 de noviembre y se llamó Manuel Bernardo Ibó, significando esta palabra ibó el sol.

El día 12 entróse dentro [de] la trinchera el cacique nuevo cristiano, al anochecer, después de haberse apartado toda la gente de los indios, y me dijo en secreto que cuidase bien el maíz porque querían venir los enemigos y llevárselo. Nos prevenimos bien de noche para cualquier acontecimiento, exporzando [sic] los puestos más flacos de la trinchera.

Amaneció el día siguiente, 13 de noviembre, día de nuestro santo novicio Estanislao. Deseé mucho celebrarle con solemnidad la misa, pero las sospechas de algún rebato y los muchos indicios de ellos ni para los repiques de la campana dieron lugar, temiendo no nos asaltasen en tiempo de la misa, la cual se celebró a toda prisa.

Pasóse la mañana con las distribuciones ordinarias, sin haber habido novedad en nosotros desde que saltamos el pie en tierra. Fue mucho el gentío que acudió a la doctrina; y al repartimiento del pozole se hacían del rogar algunos, cosa que nos causó novedad, abalanzándose de ordinario a la comida. Y es el caso que, como ya lo miraban todo por suyo, no hacían caso de lo poco para arrebatárselo todo.

El día antecedente se vido mucho movimiento de gentes con arcos y flechas, como que se iban a otra parte a no sé qué casamiento con algunas doncellas de la nación didiú: y con este achaque durmieron lejos del real y desde aquí descubrimos las lumbradas. Pero todo fue engaño, porque dormir lejos sería para la junta y última resolución de dar todos a una sobre nosotros.

Estando comiendo los soldados como [a] cuatro pasos de la puerta, y estando uno de ellos, mocito, en guardia de la puerta con luneta o dejarretadera en las manos —arma que nos ha servido de alabarda—, se pararon muchos [indios] cerca de la puerta y, empezando a desviarlos con buen modo el soldado de guardia, no quisieron hacerlo. A un indio malévolos entre ellos y algo ladino, de los de San Bruno, como se arr[i]esgabaa quitar la luneta de las manos del soldado, conocido el avilantez y el riesgo acudió luego el alférez y teniente don Luis [Tortolero] y, arrancando la luneta de la manos del soldado, defendió la puerta y amagó, si se resistían, con ella [con la luneta], haciendo el amago al más rebelde entre ellos. Y otras veces se habían hecho semejantes [amagos] y, con ellos, retirádose la gente; pero ahora se retiraron convocándose, pues ya estaban convocados. Mandaron se retirasen todos, aun los que con i[n]mediación nos asistían, que eran tres mocitos de buen natural, y uno de ellos sólo no quiso obedecer; se quedó con nosotros solo. Hasta el cacique enfermo llamaron y se fue y se apartó porque no lo matasen después de habernos muerto a nosotros.

Luego oímos gritos entre los carrizales, y el indio cristiano de Tepahui, con aliento, escapó las pocas cabras y carneros de sus manos [y] las trujo al corralito, al abrigo de nuestra trinchera; y, porque los marranos no estaban lejos sino a nuestra vista, salió don Luis [Tortolero] con otro soldado y el indio de Sonora para recogerlos, y tuvieron tan buena mano que, aunque con algunos flechazos ya clavados, los entramos dentro del real llamándolos.

Ya de todas partes empezaban a llover flechas dentro y, finalmente, todos a un tiempo nos vimos asaltados por todas partes. Y fue por cuatro partes: por la abra de la cañada abajo cargaba una escuadra de gente con las espaldas aseguradas de otras escuadra, por engrosarse [en] caso [de] que hiciésemos surtida; la segunda escuadra salía de la cañada arriba, a donde tenían éstos la ranchería, [y] también tenían resguardadas las espaldas de otra escuadra; y por lo alto de la mesa nos tuvieron asimismo cercados por dos lados, por el plan de la mesa que mira a la mar y por el otro plan de la mesa, de espaldas de el río.

Nuestra pequeña escuadra también se repartió, poniéndose el alférez y capitán don Luis [Tortolero] en la parte más peligrosa, con Bartolomé de Figueroa, en la punta que hacía la trinchera a la cañada abajo y a la parte de la mesa arrimada a la playa. En medio del lado para la playa estaba el indio sonora de Guásabas, llamado Marcos, indio muy alentado y que obró mucho en la pelea. En la espalda del capitán don Luis estaba otro indio, [originario] de Tepahui, llamado Alonso, y en el medio, abajo, un soldado mulato llamado Andrés Perulero y mozo, y en la trinchera más fuerte y de menos peligro, por el lado último de la mesa, estaba Esteban Rodríguez, portugués, y a la punta y puerta asistía un bombardero maltés, que había servido en la nao de China, llamado Juan Caravana. Este cuidaba mucho del pedrero y defendía asimismo esa punta en la i[n]mediata, que miraba a la playa. Arriba estaba Nicolás Márquez, siciliano, que muchos años había servido a nuestro rey en oficio de bombardero. Yo también estaba en medio de la trinchera y procuraba acudir a la parte en que reconocía más peligro, asistiéndome el indi[e]zuelo de Guadalajara, de Ventitán.

Las cuatro escuadras de los enemigos eran de cuatro facciones de gente o naciones, todas de los alrededores. Corrían los dos lados de lo alto los laymones, antes de cercanía, a espaldas de La Giganta, con los monquí, que quedan al sur, y los altos y bajos de la paya los ocupaban los didiús y los edúes. Cargaron todas las cuatro escuadras en un tiempo sobre nosotros y, además de las flechas que despedían, empezaron por los dos lados de lo alto a llover piedras y tierra en la trinchera.

Prosiguieron de esta manera por el espacio de dos horas hasta que, defendiéndonos con todo valor por partes, de cansados cesaron un rato, como de medio cuarto de hora, de pelar, aunque aún en este tiempo venían algunas flechas de dentro del monte hacia nosotros. Y cuando juzgamos que ya estarían arrepentidos, de repente dieron segundos avance aún con más fuerza que el primero y reforzados de más gentes todas sus escuadras.

Todavía no se había tocado el pedrero, guardándose para la última y extrema necesidad, teniendo todos mucha confianza en él. Y de cuando en cuando se habían hecho ademanes de dispararlo, y con los ademanes se retiraban de miedo la escuadra de la punta o cañada arriba. Finalmente, sientiendo muy exforzado [sic] este segundo avance, se resolvió por el capitán que el bombardeo maltés pegase fuego al pedrero. Se disparó y obró la Madonna Santísima (podemos decir, con milagro) por no haberme el pedrero muerto a mí y al bombardero y a los otros dos soldados que estaban allí cerca, porque reventó con tanta fuerza que hizo pedazos toda la clavisera y saltó parte de ella [a] unos seis pasos de donde se disparó, y hasta la cuña de hierro se hizo tres pedazos, saltando cada uno [por] diferentes rumbos, y la cámara saltó como nueve pasos con tanta violencia que, pasando cuasi sobre de mí, no la vide sino después de saber que ella era [la] que estaba unas varas más adelante.

El bombardero, por la fuerza del aire en reventar el pedrero, se cayó en el suelo desde lo alto y de la caída con tanta fuerza perdió por un rato los sentidos; pero luego volvió en sí con dos golpes, que reconocimos no ser cosa grave, y, así, volvió luego con sus armas a la pelea y todos nos alentamos a pelear hasta morir.

También cobró el enemigo mayor avilantez y pasaron luego correos a las escuadras todas avisando que el pedrero no mataba y mucho menos matarían los arcabuces chicos. Con eso apretaron por todas partes con el último esfuerzo.

Seguros ya de la conquista, de matarnos y tomar la presa, se acercaron con mucha avilantez, tanto que me vide obligado a acudir por el lado de el pedrero y, parándome a vista de ellos, les dije que se apartasen, que podrían morir si se acercaban.

La respuesta fue tirarme a un tiempo tres flechazos y, así, viendo yo el caso desesperado, me inspiró Dios que sería más acertado el ayudar a los compañeros. Y desde este tiempo que no obedecieron a la voz de el padre empezaron por todas partes a caer de ellos apeloateados, y, como entre los heridos cayeron algunos muertos de el todo y, amedrentados de el espanto y de el valor de los nuestros, en un tiempo, como a caídas del sol, se retiraron por todas partes en un tiempo y quedó todo con grande silencio.

Y dentro de un cuarto de hora vimos salir del carrizal de enfrente de la trinchera, la cañada abajo, al cacique enfermo, que se venía, por la enfermedad, muy poco a poco para nuestra trinchera. Y, así, como a inocente y enfermo lo recibimos con mucho gusto, y cierto que fue grande el consuelo que tuve en verlo, porque era señal de paz. Venía llorando y entró llorando y, así, nos dijo que habían muerto tres de los que nos asaltaron y quedó espantado

de vernos a todos tan alegres y buenos, pues, aunque el alférez don Luis [Tortolero] y otros soldados, Bartolomé de Figueroa, recibieron cada uno un flechazo, pero por no ser cosa grave lo disimularon, que ni los demás de nosotros lo supimos sino después de entrada la noche, ni nadie de ellos, de los indios, lo ha sabido.

Poco después de el cacique Manuel Bernardo, venía hacia nosotros desde la ranchería una tropa de mujeres con sus hijitos y se sentaron a la puerta de el real muy sobresaltados y humildes, mostrando que pedían perdón y diciendo de los muertos, haciendo señal que los arcabuces los habían matado. Y fue tan de veras la sujeción que querían dejar [a] sus parvulitos a que durmiesen con nosotros en el real, aunque sólo uno dejé que quedase, diciéndoles que los españoles eran buenos y que no matarían sino a los que querían venirnos a matar y saquear, y que, a ser ellos buenos, los perdonaría el capitán.

Se espantaron de vernos a todos sanos y buenos, y, cerrando ya la noche, los despedimos y que se fuesen a sus ranchos; y sólo el cacique de San Bruno, enfermo, quedó como siempre en el real. Y dimos todos las gracias a Dios y a la Madona Santísima, conquistadora y pobladora, y a su paje, nuestro novicio el beato Estanislao, por tan insigne victoria, que ha sido la primera que en la California se haya tenido de campo a campo entre españoles e indios.

Al pie de la santa cruz que teníamos a la boca o puerta de la tienda o tabernáculo de María, muchísimas flechas cayeron y ninguna de ellas tocaron a la cruz, sino que todas se quedaron clavadas a sus pies. El día siguiente fue viniendo la gente que no había estado en la batalla; el segundo día [a]parecieron los demás.

La noche de la batalla fue tal el aliento que tuvimos todos los pocos que aquí estábamos que, ya suponiendo perdida la balandra o lancha y tan pocas esperanzas de la vuelta de la galeota, aun suponiéndonos desamparados de todo socorro de la Nueva España, estábamos muy contentos, como en tierra propia y como si hubiésemos nacido en ella y en ella hubiera mucho regalo.

Y quiso la Virgen Santísima pagar el buen afecto de estos pocos soldados cristianos de no desampararles su tierra, pues la mañana siguiente a la batalla, [a] pareciendo uno de los [indios] conocidos, que lo habíamos visto en la batalla, y proponiendo que no había estado contra nosotros sino que había ido a el monte por raíces para comer en el tiempo de los asaltos y por señal de ellos nos había traído en la mano una raíz grande, que venía mostrándola.

Dionos curiosidad y finalmente reconocimos todos que la raíz era raíz de yuca —y, después, con todos los peruleros de la galeota nos hemos confirmado [en ello] con evidencia—, y nos sabe muy bien la yuca, que es la comida de que se compone el cazabe, raíz que sirve de pan en tantos reinos de las Indias y de la América. También hay venados grandes y otros género

de animal grande que, teniendo un pitón grande, no sabemos qué animal sea y dicen que hay muchos en estas serranías.

Al segundo día después de la victoria, ya mucho contentos de vivir aquí sin embarcación ninguna, estando para celebrar la misa de gracias por la victoria a la Virgen Santísima [a]pareció de lejos una embarcación que vino entrando poco a poco, y conocimos que era la balandra perdida, que recibimos con mucho gusto y, por el socorro de gente que en ella venían, [concebimos que íbamos] a descansar con mucho gusto. Más, [por] que nos trujo nuevas de la galeota, de su arribada a[1] Yaquí y haber salido de un gran trabajo, [pues, habiéndose] varado la galeota, quiso Dios saliese con bien de este trabajo, sacándola otra vez a la mar la nación yaquí, que, a instancias del padre Diego de Marquina, que se les hincó de rodillas y les pidió por María Santísima que ayudasen todos para sacarla, como lo hicieron. Y a un tiempo recibimos la nueva de la desgracia y [la de] haber salido de ella.

El día de la Presentación de María Santísima vinieron de la ranchería a visitarnos que había muerto uno de los heridos en la pelea, de la facción o nación monquí, y que por esta muerte había[n] dicho [los monquís] que se querían vengar de nosotros y querían venir, y que los incitaban contra nosotros; pero éstos, ya desengañados, se vinieron todos a arrimar a nuestro real y durmieron cerca de él, entregando todas sus armas y haciendo ellos también su trinchera para pelear contra el enemigo. Pero el día siguiente dijeron que los monquí habían dicho que no querían pelear contra nosotros porque tenían mucho miedo de los arcabuces.

Con esto se sosegó todo género de barrasca y estamos el día de hoy reconociendo más sujeción, sin asomos de guerra, con grandes esperanzas de que esta victoria sea verdadero principio de esta conquista.

Al ejemplo de el cacique enfermo bautizado dos días antes —ya hoy día queda oleado— piden muchos de ellos el santo bautismo y se les responde que cuando sepan bien la santa doctrina se les dará. Mas el cacique enfermo pidió que se bautizasen [sus]dos hijos, el uno de ellos de cuatro años [y el] otro de ocho, y se dejó este segundo hasta que supiese bien la doctrina y se bautizó el más chico, dándosele el nombre de Bernardo Muanuel, como a su padre, adelantando y posponiendo el segundo nombre. Y con eso logró sus cristianísmos deseos el señor conde de Moctezuma, virrey, y la señora duquesa de Sesa, su esposa, que pidieron estos dos primeros nombres para los primitivos cristianos de este reino de Californias.

Se le puso su rosario al cuello a Bernardo Manuel y nunca lo ha querido dejar y hace extremos [sic] sentimientos cuando su madre se lo quita para verlo [e irlo] mostrando a otras mujeres. También quedan bautizados otros niños con los nombres de los principales bienhechores de esta conversión, y, prosiguiendo con buenas señales de paz constante, en breves días se podrán bautizar muchos parvulitos, asistiendo ya muchos de sus padres y sus

madres a la doctrina con demostraciones [sic] de que les va entrando a fuerza la palabra de Dios.

Antes de que llegase el día de la pelea se hizo todo lo posible para que reconociesen la fuerza de nuestras armas, así, en algunos tiros, tirando a los patos y otros animales. Y la misma noche antecedente mató un soldado que estaba de guardia a un coyote muy gordo, que ellos [los indios] pidieron para comérselo y, en nuestra presencia, lo tatemaron como comida de grande sabor. También se puso un blanco de una tabla de buena distancia y, tirando todos, por mostrar que yo también sabía, tiré también y fue uno de los mejores tiros. Tiraron ellos sus flechas y, después del ejercicio, al traerse la tabla vieron los abujeros [sic] de las balas y se cotejó con el rasguño de las flechas, y quedaron admirados de ver la diferencia de los tiros de unas y otras armas.

También sucedió pocos días después de haber saltado en tierra que, de noche, desamarraron el caballo que, por confianza de ellos [más bien: por confianza en ellos], lo teníamos en menos cercanía, aunque estaba a la vista. Pero con la obscuridad de la noche antes que cenásemos los desamarraron y se lo llevaron, y, aunque luego caímos en la cuenta de que no estaba a raya del carrizal, con todo, así por la imposibilidad de poder ver el rastro como por juzgar que él mismo se soltaría, se dejaron las diligencias de noche hasta que, en amaneciendo, vinieron los indios más cercanos y con fidelidad avisaron por dónde iba el rastro.

Y, haciendo demostración [sic] los nuestros de ir por el caballo, se ofrecieron [los indios a] ir en su compañía y, pareciéndonos fieles y que sentían del caso muy mal, y juntamente pareciendo mengua de el valor de los nuestros y que tras del caballo darían sobre nosotros con avilantez, admitió el capitán don Luis [Tortolero] la oferta de dos soldados de ir acompañando a dieciocho indios flecheros que se ofrecieron [a] ir tras el rastro.

Camaron con ellos, siguiendo siempre el rastro, como los leguas y medio de tierra llana. Subieron una loma muy agria y, al descolgarse por el otro lado de la loma, dieron luego de vista la lumbrada y encontraron cerca de ella el caballo muerto, que ya habían cortádole un lado. Destrozaron [los soldados] todo este resto de la presa y lo repartieron a los indios amigos (¡Dios sabe si lo eran!); pero [los indios] quedaron espantados de ver que los nuestros iban en seguimiento de los malévolos hasta topar el rostro de la maldad y quitarle[s] la presa, estando ya hechos —de otros tiempos en que el rey gastó grandes haciendas y con mayor número de soldados— a comerse la presa de mulas y caballos, de cabras y carneros que hurtaron.

Para cumplimiento de nuestro consuelo, el sábado próximo pasado, 23 de noviembre, en que se empezaron en esta tierra a entablar los ejemplos en honra de María Santísima y de su santa casa de Loreto, después del primer ejemplo que se contó vimos [a]parecer, por la boca del mar que [se] hace entre la isla de Coronados y la punta de esta ensenada, la

galeota, que con buen viento, en dos días de navegación dieron fondo cerca de nuestro real el mismo sábado.

Fue grande el consuelo que tuvimos de verla y mayor en saber que venía en ella el padre Francisco María Pícolo, antiguo misionero que, después de haber sido visitador y frabricado iglesias en las misiones tarahumares, dejando la suya con grande fidelidad a Dios y al rey en todos sus indios, misión de las más bien fundadas de esa provincia de tarahumares fieles, lo dejó todo con mucho gusto para empezar otro tanto entre estos nuestros pobres bárbaros californios.

No es decible el consuelo que recibí en ellos, así por lo tocante a mi persona como por tocante a los españoles e indios, pues con esta venida venimos a asegurar los progresos de esta conversión y que ya de esta vez no se sacará el estandarte de Cristo de este reino, tan grande que hasta ahora no se le sabe el fin, y que la gran pobladora María pondrá las raíces de su santa casa en sus escogidos.

Esto es cuando puedo referir de lo sucedido hasta ahora y, así, aliente vuestra reverencia a los fieles cristianos, en especial a los liberalísimos republicanos de la imperial ciudad de México, para que nos socorran en estos primeros años para la fundación permanente de la santa fe en este reino declarado por reino de María, siendo ella la conquistadora y juntamente pobladora.

Remito a vuestra reverencia la memoria de lo que necesitamos y no me dilato más sino [para] rogar en ésta a vuestra reverencia para que nos socorra asimismo encomendando esta nueva conquista y conversión en sus oraciones y santos sacrificios.

Real de Nuestra Señora de Loreto en la ensenada de San Dionisio de la California.
Noviembre 27 de 1697 años.

De vuestra reverencia [queda este] indigno siervo en Cristo,

Juan María de Salvatierra

CARTA IV
SALVATIERRA AL VIRREY CONDE DE MOCTEZUMA
(28 de noviembre de 1697)

Excelentísimo señor:

Con este papel traspasado de sudor por habernos servido de escudo en defender así a nuestra fe como a nuestro rey y sus armas vengo a ponerme a los pies de vuestra excelencia.

Doyle parte cómo ya ha mes y medio que estamos en la California y después de haber puesto el pie de paz entre estos bárbaros. Después, entrando en ellos la codicia de nuestros bastimentos, trataron de acabar con nuestras vidas y destruirnos. Fuimos asaltados en un tiempo de cuatro naciones por cuatro lados de nuestra trinchera, y, peleando desde el medio día hasta el ponerse el sol, finalmente con el favor de María quedaron vencedores estos pobres conquistadores y queda hoy día el rey, nuestro señor, conquistador y señor de este pedazo de tierra, de donde se podrán dilatar sus armas para todo este reino, teniendo el pie fijo en estos primeros indios conquistados.

Estos pobres soldados, pocos en número, con su cabo don Luis Tortolero y Torre, todos se han portado como leones y remito en la relación extensa sus nombres para el ejemplo para los venideros, verificándose lo que yo dije a vuestra excelencia que con pocos españoles que tengan buena voluntad se puede conquistar mucho.

Ya hoy, para alentar a estos pobres primeros conquistadores si fuera posible, sirviera mucho algún galardón o pega extraordinaria que les hiciese nuestro rey en atención a esta victoria, lo cual todo lo dejo al mejor consejo y determinación de vuestra excelencia.

Después de la victoria, en nombre de vuestra excelencia hice nombramiento de esta escuadra de don Luis Tortolero y Torre por capitán de ella, porque se portó en los asaltos con mucho acierto y valor.

Ya, pues, tiene nuestro rey con seguro esta tierra por suya; pero necesita de asistencia para que en estos principios tan necesitados no se le pierda. No puedo explicar en ésta lo que necesitamos porque depende esto de saberse primero los ánimos y liberalidad de los limosneros de México, si corresponden o no a la memoria de las cosas necesarias que remito a padre Juan de Ugarte, que con amor nos asiste de procurador para esta conversión y podrá avisar a vuestra excelencia de si tenemos socorro bastante o no.

Hago saber a vuestra excelencia que se le debe muchísimo para esta conquista al piadoso celo y gastos del tesorero de Acapulco, don Pedro Gil de la Sierpe, que, además de dejarme aquí de limosna una lancha ya proveída de marineros necesarios, despachó la galeota bien proveída de gente, que, a no traer en ella alguna gente que se pudo quedar aquí en tierra conmigo, era imposible haber podido saltar en tierra y plantar la primera cruz.

Ha gastado dicha galeota siete meses desde que salió de Acapulco y hoy los cumple. Vuelve mañana para Chacala y la Virgen Santísima ha obrado milagros patentes en sacarla de tantos peligros. Aquí quedamos con la sola lancha, que despacharé dentro de pocos días a[1] Yaqui por algunas cosillas necesarias, y sólo por medio o principios de mayo aguardaré la limosna o socorro que saliere en alguna embarcación de Chacala, para donde me remitirá el padre Juan de Ugarte la memoria y géneros de México, y me vendrá también socorro de maíz y carne, que la carne ya la tengo de limosna y espero tendré también el maíz.

Mucho me han ayudado algunos seculares de estas tierras de la [Nueva] Vizcaya y mucho más todos nuestros padres [los misioneros jesuitas de Sonora y Sinaloa], y, para alentarlos a todos, servirá mucho el que vuestra excelencia se lo agradezca al padre provincial.

El capitán de la galeota, don Juan Antonio Romero de la Sierpe, ha trabajado incansablemente por estos mares, con detenciones, borrascas y infinitos peligros, dando nombre de Dios con el hacha en la mano para la fundación de este real. Y, así, aunque la raíz de este bien se debe al tesoro de don Pedro [Gil de la Sierpe], pero la ejecución se debe al capitán Juan Antonio, su primo, y si fuere por allá estimaré a vuestra excelencia se lo agradezca.

En virtud del despacho de vuestra excelencia le hice requerimiento en forma [al capitán Romero de la Sierpe] demostrándole cómo estaba a peligro de perderse esta conquista a no asegurarla con dos pedreros y una pieza [de artillería] de cuatro libras, con su cureña y tres cámaras, que hoy en día no le servían a la galeota por no ir con soldados ni a función de guerra, protestándole el poder perder el rey esta conquista de esta tierra, tan bien empezada y con la primera victoria que en ella hayan obtenido las armas reales.

Con este requerimiento y protestas [el capitán] me dejó aquí las armas referidas y juntamente un calabrote. Y todo esto he hecho suponiendo ser ésta la voluntad de vuestra excelencia, así por convenir al servicio del rey como por ser ésta obra propia y conquista del tiempo del glorioso príncipe y conde de Moctezuma, a quien Dios va echando la bendición en esta empresa.

¡Ea, mi querido patrón y protector! Ya tiene vuestra excelencia a Manuel Bernardo y a Bernardo Manuel, primeras plantas para el cielo y perlas de buen oriente, y, con ellas, con el tiempo caerán también las temporales.

Excelentísimo señor conde, mi patrón: yo no me puedo dilatar más en ésta por las grandes incomodidades que se pasan en escribir y por la precisión de la ida de la galeota para Chacala y, finalmente, porque estoy seguro de que vuestra excelencia es el apóstol y conquistador de esta tierra y mirará por ella millón de veces mejor que yo. Y, así, acabo deseándole del Señor y de María Santísima toda felicidad.

Real de Nuestra Señora de Loreto en la ensenada de San Dionisio de Californias, y noviembre 28 de 1697.

Bese la mano de vuestra excelencia su menor servidor, capellán y pobre soldado,

Juan María de Salvatierra

CARTA V

SALVATIERRA AL PADRE JUAN DE UGARTE

(3 de julio de 1698)

Mi padre procurador Juan de Ugarte:

Empiezo a escribir esta carta a vuestra reverencia y relación de todos estos meses, que son como siete meses desde la última que escribí a vuestra reverencia por fines del mes de noviembre del año [16]97 ¹ hasta último del mes de junio, en que nos hallamos; escribo, pues, esta relación sin saber si yo la acabaré de escribir, porque a la hora que la escribo nos hallamos aquí con bastantes necesidades por falta de socorro, y como cada día van apretando más las necesidades y yo soy el más viejo del real de Nuestra Señora de Loreto, ² daremos el tributo primero, cayendo, como más flaco, para la sepultura.

Salió, pues, de esta ensenada en 27 de noviembre la galeota del rey ³ que, por medio del contador don Pedro Gil de la Sierpe, nos trujo a este reino, ⁴ y a la hora de éste no sabemos si llegaría a salvamento a algún puerto de la Nueva España. Quedamos aquí todos con el padre Francisco María Píccolo, dos indios muy alentados y otros dos indi[e]zuelos, y

otros siete soldados españoles y otros cinco marineros de la lancha, todos bien proveídos de armas, pólvora y balas. 5■

Empezamos desde luego a hacer nuestra trinchera en este alto, arrimada al tanque y en inmediación a los pozos de agua. Quedó nuestra trinchera fuerte [formada] de dos órdenes de palizada terraplenada por todas partes de tierra cuasi una vara de grosor, no sólo para resistir a indios sino también a algún navío de enemigos. 6■

Dentro [de la trinchera] se hizo la santa casa de la Virgen Santísima y casa de Loreto, y un camarote arrimado a un lado de la iglesita y otro al otro lado, para el capitán y los padres. Nos ayudaron los indios gentiles y indias muy bien para [construir] la trinchera, que costó mucho trabajo en terraplenarla de terraplén que llega al cuello de una persona, y la dejamos con muchas puertas en que podían estar echados los indios y entrar y salir los dichos indios a su gusto antes de que nosotros la poblásemos, de suerte que no podían pensar los indios gentiles lo que nos había de servir, quedando entretanto nuestra gente atrincherada en la trincherita primitiva, hecha de cajas, fardos y cacastles, 7■ desde el cual dominábamos a la nueva trinchera, que todavía no estaba perfeccionada, y por de fuera la rodeamos toda de fuertes espinas y cardones de la tierra para defensa de los que se atreviesen a saltar el pretil.

Viene a quedar cuasi en triángulo, defendida de una piezasita [de artillería] y otros dos pedreros, aunque el uno no puede servir más que para un tiro o dos por ser el que se quebró el día del asalto general en 13 de noviembre [de 1697], 8■ que lo hemos amarrado lo mejor que se ha podido. También se sirvió nuestro bombardero de estra[ta]gemas y, así, engañando [a] algunos indios con concierto de toda nuestra gente, cargó con muchas bolsas de balas y piedras a dos cañones de fuelles de herrero y los puso sobre la trinchera, a los dos lados de la iglesia de María. Luego, haciendo el ademán con un indio amigo suyo californio de que le trujese un tizón para pegar fuego, en indio le rogó que no disparase porque se asustaba mucho, y con estos salimos con bien del estratagema. Y desde afuera [dichos cañones] hacer gran vista y espantan mucho a los indios.

Real Fuerte y Presidio de Nuestra Señora de Loreto Conchó, en la playa de San Dionisio.

Juan Maria de Salvatierra

DOCUMENTO ORIGINAL

Informe del padre Juan María Salvatierra al excelentísimo señor duque de Alburquerque sobre el contexto de la real cédula que señala 13,000 pesos de sueldo al presidio de California, encargando que su paga corra por mano de secular.

Excelentísimo señor:

Yo, Juan María de Salvatierra, de la Compañía de Jesús, rector de las misiones de Californias, llamado de vuestra excelencia, en obediencia de la cédula de su majestad que su señoría ha dado en 28 de septiembre del año de 1703, en que ordena que vuestra excelencia oiga el parecer de los padres. Y por obedecer a dicha cédula y orden de vuestra excelencia, en poco más de un mes llegué a esta ciudad desde Californias. Y llegado a las puertas de ellas, supe haber muerto el padre visitador Manuel Piñeiro; y por su muerte me halló yo provincial de esta provincia de Nueva España, y juntamente misionero de Californias.

Y en obediencia de la cédula de su majestad, represento lo primero:

La imposibilidad de poderse vivir en Californias con una sola embarcación, pues en siete años y medio, siempre hemos tenido tres embarcaciones, y no obstante hemos pasado grandes desamparos de barcos, por las contingencias del mar, barcados de ellos, y aún pérdidas totales, detenciones de mucho tiempo en sus avíos y carenas por falta de pertrechos, de socorros y limosnas, de oficiales, y distancia de puertos o caletas, adonde poderse carenar. Pues la empresa es tan nueva que no da todavía lugar a mayor facilidad, y esto fuera así aunque hubiese mucho dinero, como fue en tiempo del almirante don Isidro de Atondo, que teniendo abiertas todas las cajas reales, de tres embarcaciones de [que] había fabricadas para California, la balandra, no vió a Californias, ni servido más para que su majestad gastase en la fábrica, avíos, soldados y oficiales de mar. Y de los dos barcos, Almiranta y Capitana, sirvieron tan poco que por no llegar el Almiranta con el socorro a tiempo, se desamparó y perdió, hasta la hora de ésta, la fundación del puerto de La Paz, centro de los placeres, quedando todavía alzada esa nación Guaycura, por la muerte que hizo el almirante, con los indios que estaban alrededor de un caso grande comiendo, actualmente, maíz cocido, a que los había [convidado. Y habiendo después poblado sesenta pueblos más arriba, en San Bruno, se halló diez meses sin una sola embarcación.

Lo segundo que represento a vuestra excelencia, es la mucha aspereza de la tierra, que pues no ha podido poblar en como ciento y ochenta años desde el tiempo de Fernán Cortés, y de otros muchos que después entraron, señal es que se hallaron grandes dificultades. Y a no haber sido en esta ocasión la pobladora y conquistadora la Virgen Santísima de Loreto, hubiera sucedido el despoblarse, no cada año, sino cada día.

Yo no entré n[uevo] en este trabajo, sino envejecido en los trabajos de la Nueva Vizcaya, poniendo freno a los alzamientos de esas naciones, ayudándome de la buena correspondencia de los españoles, así soldados como vecinos, y buena amistad con los

indios, ante pues, al dicho conocimiento y experiencia. [Pro]pongo en segundo lugar a vuestra excelencia las dificultades grandes y peligros, casi ciertos, de perder[se] la tierra si se quita en estos principios la potestad a los padres, o al padre superior de poner o remover el que fuere cabo de esa pequeña escuadra de soldados. Pues he tocado con manos, que a no haber tenido yo esa potestad en el espacio de estos ocho años, no se hubiera dado paso ninguno dentro de la California, y hubiéramos estado ga[stan]do y más gastando en la primera playa adonde saltamos. Y por miedo, o mas, de no [ilegible] dos los cabos, han ido haciendo entradas y descubrimientos por la persuasión eficaz de los padres, y fortalecida con la autoridad. Aunque que es fuerte el atractivo de la perla, y a no estar los padres de medio con dicha autoridad, que iban atajando inconvenientes, ya hubiera entrado, como entraba aprisa, el obligar con varios pretextos, y atarear a los indios, así gentiles como cristianos, al buceo de la perla. Y tras de esta tarea forzada seguro se sigue el alzamiento, y una vezalzada la tierra, será sin remedio la pérdida por la aspereza de ella, y no poder servir gente a caballo para su recobro.

También para sosiego de los soldados españoles, que en tierra tan distante y ultramarina sirven menos descontentos, reconociendo que con la seguridad del amparo válido de los padres, o del superior que tiene poder de remover al cabo, tienen seguridad de que no llegará a hacerles vejación injusta. Y está sujeta la tierra a ellas con muchos peligros de envidias; como por ejemplo, porque el indio va a vender una perla buena a un soldado su amigo, y no la vendió al capitán, entra ojeriza contra el soldado y contra el indio; y si el soldado español no está contento, se desespera y se arroja a cosas graves como se vió en muchas ocasiones en tiempo de don Isidro de Atondo, que estuvo por perder la vida en muchas ocasiones por los soldados y marineros.

Digo, asimismo, que se va retirando la piedad de los vasallos de nuestro rey, que concurren con sus limosnas, viendo se les quita esta potestad a los padres; corriendo con la confianza del logro de sus limosnas antes, y temiendo que lo que ellos hacen con una mano se deshaga por otra. También se atajan los socorros personales de gente española y de los indios guerreros de la Nueva Vizcaya, que a una vez de los padres, californios e indios y españoles, luego se movían de sus puertos, y vienen barcos llenos de unos y otros, como sucedió tres años ha, llenándose una canoa de españoles de Sinaloa que vinieron a socorrer, y haciendo lo mismo los indios guerreros de la fidelísima nación Yaqui, que se llenó, un barco que había, de ellos, muy bien armados, y desembarcaron en nuestro Loreto de Californias, aterrorizando a las naciones de Californias. Y en esto podrán desmayar, así los españoles como indios, desafiando del mar, amparo y cariño, y no ser mandados como hijos, no corriendo por los padres. Y será uno de los mayores daños que se padecerán en la nueva conquista.

Pues, es sabido que don Isidro de Atondo, no sólo era almirante de Californias, sino también capitán del presidio de Sinaloa y gobernador de esa provincia, y con toda esa autoridad, y versados encargos del excelentísimo señor virrey, no pudo conseguir un indio

solo voluntario de Sinaloa y Sonora; y unos pocos que llevó a causa de [ilegible] de cómo tan malévolos fueron causa del primer alzamiento que tuvo en su entrada. Y digo que todos los motivos susodichos mir[an] a la seguridad de la tierra y aseguran [en] ella la religión cristiana.

Asimismo me parece representar a vuestra excelencia una circunstancia que conduce a este propósito; y es que se han gastado en esta empresa, hasta el día de hoy, doscientos y veinticinco mil pesos, sin la fundación de seis misiones, que montan de principio] cincuenta y ocho mil pesos. Y de las cajas reales sólo he recibido, a la hora de ésta en todos estos años, dieciocho mil pesos, y el resto se ha sacado con grandes trabajos y sudores de los padres de la Compañía, lo cual todo redundando en servicio de su majestad, y ahorro de su real caja. Y atento a este servicio, le pido yo, a su majestad, el poner cabo y removerle en una escuadra de 25 soldados, no la tengo por petición de contrapeso al corazón magnánimo de nuestro rey. Dejo de ponderar la resolución de este que tomó el año de 1685 en el desamparo de Californias. Después de grandes gastos con ningún logro, llamó este real acuerdo al padre provincial de la Compañía, y por no hallarse en México acudió el padre vice-provincial Daniel Angelo Marras y se le propuso con ruego y encargo que la Compañía de Jesús se encargue de toda la empresa de Californias, ofreciendo 90 mil pesos de la caja por cada año. Y juntando el padre Daniel Angelo Marras la consulta de provincia, se excusaron. Bien es verdad que vuelto de la visita el padre provincial Bernabé de Soto, sintió que no se hubiese admitido el ruego y encargo, atendiendo a la parte más favorable, a los pobres californios, y ser éste el único medio que quedaba, que podrán, para ver si con eso se plantaba la fe en ese reino. Y la persuasión de este real acuerdo fue tan firme, de que no tenía ya otro medio, sino de estar parte, todo, en los padres de la Compañía, para la probabilidad de surtir efecto la conversión de las Californias, que acudiendo luego la petición del capitán Francisco de Lucenilla, pidiendo mucho menos dinero de lo que se ofrecía a la Compañía, no se hizo caso de ella.

Pues ahora, que no se ha excusado la Compañía, sino que se ha arrastrado con sus hijos, por persuasión del padre general Tirso González, a todas las casas de los hombres piadosos y a todos los tribunales pidiendo socorro para la [conversión de este reino a nuestra santa fe católica, es mi parecer de que no se haga afuera n[uestra] Compañía, sino que con nuevos ruegos y encargos de vuestra excelencia, en el ínterin se dé cuenta a su [majestad], y se alienten los padres a cuidar no sólo de lo espiritual, sino asimismo de lo temporal, y más aún con el alivio de los 13 mil pesos que ofreció de nuevo su majestad que para los padres sea de alivio, pero para cualquier secular será de mucho peso; pues por la experiencia que tengo, y haber manejado como ocho años esta empresa, digo que es imposible que con dicha cantidad puedan guardarse las condiciones de la nueva cédula, y si admitiere cumplirlas, y m[inist]rar la tierra con los 13 mil pesos, será por ignorancia o por engañar al rey. Haciendo en el ínterin su negocio, y teniendo mil disensiones con los padres que de

fuerza se habrán de oponer a las vejaciones contra los soldados y marineros y más en especial contra los [indios], nuevos cristianos e infieles, que con seguridad se alzarán.

Y mientras se atiende con cartas y memoriales a esta corte, aún antes que [traigan] las respuestas favorables a los indios, ya ellos se hallan alzados, pues como gente nueva, e incapaz, no conoce más recurso que a sus armas y fiereza natural, habrá dicho cabo, de comprar allende la mar, por muchos años, todo género de bastimentos, y como suelen llegar, no pocas veces podridos y apolillados, especialmente la carne, son triplicados los gastos, en la práctica, de lo que parecen en la especulativa, y así nadie se podrá mantener sino con grandes gastos de la real hacienda.

De lo susodicho deduzco, que no está la tierra, todavía, capaz de admitir vecinos españoles, por su aspereza, y no poder, todavía, sustentar a dos solos padres. Y el día de hoy no se hallan vecinos españoles que quieran poblar tierras nuevas, aunque buenas, sino es asalariándolos el rey, o echándolos la justicia desterrados. Y no sirven más que para alzar la tierra y tener disensiones con los soldados, peligrados a una guerra civil, como pocos años ha sucedía en el Nuevo México, entre soldados y pobladores.

El último punto es responder a la propuesta de nueva planta de presidio en la contracosta, o costa del poniente por donde pasan las naos de Filipinas. Movido este punto del pecho catolicísimo de nuestro rey, apiadándose de tantos vasallos cristianos que se mueren del mal de Berbér, por no tener playa en qué poderlos dejar en millares de leguas, en la cual, con carne fresca y cosas agrias verdes, podían sanar casi todos. Lo que a esto respondo es que yo moriré contento viendo que nuestro rey desea lo que en tantos años he deseado, compadeciéndome de tantos enfermos y muertos, y así lo que he trabajado siempre ha sido con la mira a esto. Pero hoy día por no acrecentar nuevos y mayores gastos a la real hacienda con dar más socorro a los padres, cuyas reducciones de infieles se van ya acercando a la costa de poniente, se podía conseguir en breve, sin gasto de nuevo presidio, lo que su majestad desea.

Y entregándose a los padres los 13 mil pesos por ayuda de costa, con eso y con limosnas de los fieles cristianos, se podrá esperar el conseguirse, pues hoy los 6 mil pesos de ayuda de costa, no son ni la tercera parte de lo que se gasta, y son grandes mis afanes porque de limosnas se acabale el resto. Sólo es menester, por un año, o dos, además de los [13] mil pesos, un barco pescadero, fletado con unos 4 mil pesos de contado para que visitar y demarcarse la costa del poniente de [ilegible] hasta los 21 grados, los puertos y callos o bahías que en este espacio se topasen, y yo fuera en dicho barco, y con esto se dieran la mano la costa del levante, a donde fijamos el pie en dichos prados, y la costa del poniente en los mismos, para socorro de la nao de China, y avisarla allí si andan enemigos en las costas de la Nueva España.

El estado hoy día de la California, consiste en ser hoy día el rey nuestro señor, poseedor de cincuenta leguas de playa desde la Bahía de la Concepción hasta el Agua Verde, y otra cincuenta leguas de la tierra adentro o riñón de la sierra entre los dos mares. Y en estas cien leguas de circunferencia] toda tierra de paz, que toda la andan los padres solos, sin escolta de soldados, obedientes los naturales de toda esta circunferencia a la m[inistración] de los padres, y órdenes del cabo militar, prontos a tomar las armas a nuestro favor con mil y doscientos cristianos, y otros más catecúmenos y gentiles.

Hay más de la tierra reducida o conquistada, otras descubiertas solamente, como son tres caminos para la contracosta del poniente, hasta llegar a las mismas playas, y visitadas, dos jornadas de dicha playa, por donde viene la nao de Filipinas, y aunque se huyeron y retiraron los indios de la costa del poniente en estas entradas, por miedo natural a los soldados, pero ya hoy se van amansando, y ellos mismos bajan a visitar al padre Juan de Ugarte, que vive en el riñón de la sierra entre mar y mar.

Es ya la California refugio de españoles derrotados de tempestades del mar del sur, de modo que dos años ha se abrigaron setenta personas, pérdidas ya sus embarcaciones, que todos hubieran perecido. Y ya empieza a haber buenos asomos de minas en lo descubierto, y obediente país.

Este es, en breve, lo que en obediencia de la real cédula, puedo representar a vuestra excelencia, y por entender ser todo lo dicho como lo represento. Lo firmo de mi letra en México y 25 de mayo de 1705.

Juan María de Salvatierra [firma]

LAS MISIONES: CENTROS DE EVANGELIZACIÓN

Ana Paulina Gámez

PRIMERA PARTE



La agreste geografía, el clima, las enfermedades, el desconocimiento de las lenguas indígenas y las diferencias culturales no fueron obstáculo para la notable labor misional de los jesuitas en la Nueva España.

LA OBRA MISIONAL DE LOS JESUITAS EN LO QUE HOY ES EL NOROESTE de México fue inmensa. Ante la imposibilidad de abarcar el extenso territorio evangelizado por los miembros de la Compañía, nos enfocaremos de forma general en Baja California, una de las más tenaces de sus empresas y, en particular, en la Misión de Nuestra Señora de Loreto Conchó.

La elección de dicha fundación responde a su importancia como capital de la península, puerto de entrada a la misma y sede del presidio californiano, además del rico patrimonio que se enlista en su inventario de 1773; por otro lado, a partir de su ajuar se pueden hacer paralelos con otras misiones de la región.

Después de la expulsión de los hijos de Loyola de los reinos españoles, en 1767, y de su salida de Baja California, el 3 de febrero de 1768, desde el puerto de Loreto, las misiones permanecieron seis años bajo la jurisdicción de los franciscanos y más tarde bajo de los dominicos. Al paso del tiempo muchas de ellas fueron abandonadas; con ello se arruinaron y su patrimonio fue saqueado y dispersado, por lo que muy poco de éste permanece aún en su sitio original.

En 1773, cuando la orden seráfica entregó las misiones a los dominicos, se levantaron inventarios en catorce que los ignacianos mantuvieron activas.¹ La minuciosidad con la que se detallan los bienes de cada fundación nos permite conocer algunos aspectos de las obras artísticas con la que estaban dotadas.

Además, se enlistan las bibliotecas, los muebles y demás objetos propios de las viviendas misionales y sus dependencias, como huertos, ranchos o talleres, que junto con documentos, como epistolarios y crónicas, nos permiten imaginarnos cómo fue la vida en aquellas casas.

1 Dichos documentos se encuentran en el Archivo General de la Nación, vol. 12, México, hojas 202-348, y fueron publicados por Eligio M. Coronado bajo el título Descripción e inventarios de las misiones de Baja California, 1773, por el institut d'Estudis Baleàrics en Palma de Mayorca, en 1992.

En búsqueda del bienestar espiritual y material de los indígenas, los misioneros enfrentaron grandes desafíos en tierras incógnitas. Este bonete perteneció al padre Francisco Germán Glandorff S.J. (1688-1765) quien fue asignado en 1723 a la misión jesuita de la Purísima Concepción de Tomochie, Chihuahua, donde fundó varios pueblos alrededor de la misión, levantó iglesias y capillas en las que convirtió y educó a los tarahumaras. Su labor, al igual que la de otros notables jesuitas como Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra, dejó una huella imborrable.

LA EMPRESA MISIONERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN BAJA CALIFORNIA

El primer misionero de la naciente compañía fue san Francisco Xavier, este atlético joven navarro compañero de estudios de san Ignacio partió a Asia a petición del rey de Portugal, Juan III, aun antes de la consolidación de la orden. Su primer destino fue la India donde bautizó masivamente, protegidos por los soldados portugueses. Después de algunos años se dio cuenta de lo absurdo de las conversiones por medio de la espada, lo que junto al gran choque cultural que significo para él el enfrentamiento con la cultura hindú, lo harían ir a Japón, país por el que sintió un gran respeto.

Después de su experiencia en la India y ya en tierras japonesas empezó a valorar las culturas de otros pueblos y en esto basó una nueva forma de evangelización, que más tarde sería adoptada por los misioneros de la Compañía y que tantos frutos rendirían en distintas latitudes.

Por otro lado, uno de los propósitos de la Compañía de Jesús al mandar hombres de la Nueva España fue el misional dirigido a los indios, pero los territorios pacificados del virreinato ya estaba repartidos entre las órdenes mendicantes, por lo que en un principio los ignacianos comenzaron sus labores misioneras de manera muy modesta con los indígenas de la ciudad de México; a partir de 1579 se establecieron en el curato de Huixquilucan para aprender el otomí y en 1586, ya en tierra chichimecas, fundaron San Luis de la Paz en el actual estado de Guanajuato.

Así la invitación del gobernador de la Nueva Vizcaya fue muy bien acogida por los jesuitas, ya que representó la oportunidad ideal para que los hijos de Ignacio incursionaran en la evangelización de la América septentrional, como lo harían otros miembros de la orden en diversos lugares del mundo, entre los que se contaban la América meridional, la India, China y Japón.

2 Bernd Hausberger, "La vida cotidiana de los misioneros jesuitas en el noreste novohispano", en Estudios de Historia Novohispana, núm. 17, México, IIH/UNAM, 1997, p. 63.

3 Jean Lacouture, Jesuitas, tomo I, pp. 106-107.

LAS MISIONES: (SEGUNDA PARTE)

LA EMPRESA MISIONERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN BAJA CALIFORNIA SUR

El territorio misional jesuita de la Nueva España, lo comprendían Baja California y los actuales estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua, Nayarit, Durango y el estado norteamericano de Arizona. Era una zona árida, de pocos recursos naturales y con escasos pobladores, que pertenecían a gran variedad de pueblos con idiomas y dialectos distintos; vivían dispersos, eran nómadas, altamente belicosos y resistentes a la conquista militar y a la evangelización.

A diferencia del rápido avance español sobre el imperio azteca y sus antiguos territorios, así como de las zonas centrales de México, ricas en yacimientos minerales, que despertaban la ambición de los aventureros y conquistadores, lo que propició un rápido avance militar, el noroeste detuvo esa vertiginosa marcha por sus condiciones climáticas adversas y por presentar, al menos en un principio, muy pocos atractivos económicos y de botín para los soldados.

Ante la imposibilidad de conquistar el territorio por las armas el gobierno virreinal operó un cambio de estrategia; así fue como en 1598, Rodrigo del Río y Loza, gobernador de Nueva Vizcaya, invitó a los jesuitas a enviar misioneros para someter aquella tierra a "Dios y al Rey".²

La Compañía de Jesús desde la reunión de sus primeros miembros se concibió como una orden misionera. Según Jean Lacouture los siete primeros al hacer sus votos, el 15 de agosto de 1534, en Montmartre a las afueras de París, discutían si los objetivos del grupo consistían en llevar la verdad a los infieles y más concretamente a Tierra Santa o, sin poner en entredicho el peregrinaje a Jerusalén, si la palabra de Dios debía difundirse universalmente.³

El primer misionero de la naciente compañía fue san Francisco Xavier, este atlético joven navarro compañero de estudios de san Ignacio partió a Asia a petición del rey de Portugal, Juan III, aun antes de la consolidación de la orden. Su primer destino fue la India donde bautizó masivamente, protegidos por los soldados portugueses. Después de algunos años se dio cuenta de lo absurdo de las conversiones por medio de la espada, lo que junto al gran choque cultural que significó para él el enfrentamiento con la cultura hindú, lo harían ir a Japón, país por el que sintió un gran respeto.

Dentro de lo establecido en el real decreto que autorizaba la venida de la Compañía de Jesús a la Nueva España, se les encomendaba misionar a los naturales.

La meta de las misiones era la conservación de los pueblos nativos. El primer misionero que incursionó en la sierra tarahumara fue Jerónimo Ramírez, cuya labor terminó trágicamente en 1626, a los 23 años de edad, víctima de la barbarie de los indígenas locales. En esta fotografía puede apreciarse una de las misiones de la zona: Tonachi, Chihuahua.

LAS MISIONES: (TERCERA PARTE)

LA EMPRESA MISIONERA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN BAJA CALIFORNIA SUR

Después de su experiencia en la India y ya en tierras japonesas empezó a valorar las culturas de otros pueblos y en esto basó una nueva forma de evangelización, que más tarde sería adoptada por los misioneros de la Compañía y que tantos frutos rendirían en distintas latitudes.

Por otro lado, uno de los propósitos de la Compañía de Jesús al mandar hombres de la Nueva España fue el misional dirigido a los indios, pero los territorios pacificados del virreinato ya estaba repartidos entre las órdenes mendicantes, por lo que en un principio los ignacianos comenzaron sus labores misioneras de manera muy modesta con los indígenas de la ciudad de México; a partir de 1579 se establecieron en el curato de Huixquilucan para aprender el otomí y en 1586, ya en tierra chichimecas, fundaron San Luis de la Paz en el actual estado de Guanajuato.

Así la invitación del gobernador de la Nueva Vizcaya fue muy bien acogida por los jesuitas, ya que representó la oportunidad ideal para que los hijos de Ignacio incursionaran en la evangelización de la América septentrional, como lo harían otros miembros de la orden en diversos lugares del mundo, entre los que se contaban la América meridional, la India, China y Japón.



A su llegada, la evangelización de gran parte del territorio ya había sido comisionado a otras órdenes religiosas que para esa fecha llevaban décadas de apostolado. Por lo anterior, la suma en la que les correspondió incursionar fue la del norte del territorio virreinal. Esta fotografía corresponde a la misión de Cusarare en Chihuahua.

La misiones que la Compañía de Jesús estableció en el norte del territorio son muestras del tesón de los jesuitas. Ejemplo de ello es San Francisco Javier de Satevó que se localiza en la Tarahumara Baja, Chihuahua

La tarea misional de los integrantes de la Compañía de Jesús, inició en las tierras fronterizas de Nueva España, en 1591, en la Villa de Sinaloa de Leiva y se prolongó hasta 1767, año de la salida de la orden de los territorios californios.

Para entonces habían construido toda una red de misiones con los conversos de distintos pueblos, que incluían mayos, yaquis, pimas, tarahumaras y coras, por sólo mencionar algunos, y habían escritos la gramática de muchas de sus lenguas, además de crónicas y descripciones etnográficas.

Esta empresa tuvo varios frentes, en 1598 se fundó el pueblo de Parres en el hoy estado de Durango, punto clave para la incursión en la tierra tarahumara; en 1600 iniciaron la evangelización de los tepehuanes en Durango; en 1608 la Tarahumara Baja; en 1614 se inició la misión entre los yaquis y mayos y cinco años más tarde la Pimería Alta, en el estado de Sonora; algunos años después se llevó a cabo la conversión de los guasaves lo que posibilitó el avance hacia el norte. Por último en 1720 se emprendió la misión del gran nayar entre coras y huicholes. Estas empresas contaron con misioneros notables como Gonzalo de Tapia (1561-1594), Nicolás de Arnaya (1567-1623), Martín Pérez Fonter (1574-1616), Francisco Eusebio Kino (1645-1711), Juan María de Salvatierra (1648-1717), por sólo mencionar algunos de los más notables.